

La Ilustración Artística



Artística

Año XXXIV

BARCELONA 23 DE AGOSTO DE 1915

Núm. 1.756

UN RETRATO NOTABLE DEL REY DE ESPAÑA



RETRATO DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII, pintado por Francisco Pons y Arnau

a quien el monarca, en la visita que recientemente hizo a su taller, felicitó efusivamente por la perfección de esta obra



Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Chavico*, por Pedro Massa. — *Obras del pintor Pons Arnau*. — *La guerra europea*. — *Santander. El verano de la familia Real*. — *Barcelona. Exposición-feria de juguetes*. — *Mi tío Florencio* (novela ilustrada; continuación). — *De la España visigoda. San Pedro de la Nave*, por Julio Hoyos. — *Valldiviera. El Teatro de Naturaleza*.

Grabados. — *Retrato de S. M. el Rey D. Alfonso XIII*, pintado por Francisco Pons y Arnau. — Dibujo de Opisso, que ilustra el cuento *Chavico*. — *Autoretrato de Francisco Pons y Arnau*. — *Retrato del Excmo. Sr. conde de Cedillo; Valenciana*, obras de Francisco Pons Arnau. — *La Muerte y la Vida*, obra del eminente escultor italiano Leonardo Bistolfi. — *La guerra europea* (siete fotografías). — *Acto de bajar a un mulo de la artillería de montaña a un saliente en los Alpes*, dibujo de F. Matania. — *Tropas alemanas en una estación ferroviaria de la Polonia rusa disponiendo los trenes militares que han de partir hacia el interior*, dibujo de Félix Schwormstadt. — *Santander. El verano de la familia Real*. — *Barcelona. Exposición-feria de juguetes*. — *De la España visigoda. San Pedro de la Nave* (dos fotografías). — *Valldiviera. Teatro de Naturaleza. Representación de «Maruxa» en homenaje al maestro Vives*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El lugar en que me hallo, próximo a la frontera portuguesa, atrae invenciblemente mi atención hacia los asuntos de un país que nunca ha dejado de ser para mí predilecto y que he procurado conocer lo mejor posible, visitándolo repetidas veces y logrando tener allí excelentes e inolvidables amigos.

Me refiero a Portugal.

Mondariz está tan próximo a la tierra portuguesa, que, en lo porvenir, cuando se organice mejor todo lo referente a comunicaciones — ¡esperémoslo siempre! — nadie vendrá al gran balneario gallego que no eche su excursión a Oporto, o siquiera al *Bom Jesus* de Braga.

Y Portugal, por la belleza de su suelo y lo característico de sus monumentos y lo ideal de su clima en invierno y otoño, puede y debe ser un foco de turismo.

Cuando haya terminado de constituirse sólida y estable, en una forma de gobierno ya estable, no cabe duda que atraerá a miles de viajeros, y por tal concepto ingresará mucho oro en aquellas comarcas privilegiadas y rientes.

La constitución sólida del país no será — o mucho me engaño — la monarquía.

Las formas de gobierno tienen menos importancia que los estados de cultura, ha dicho, si no yerro en la cita, el sociólogo Gumplowickz.

Y saco a relucir este texto, para que nadie suponga que hablo desde un punto de vista estrecho y parcial.

Cualquier forma de gobierno debidamente consolidada, es buena.

Hasta la tiranía — ¡y recuérdese a Atenas! — da resultados excelentes.

El caso es que dure y que la ley establezca su imperio.

* *

Cabe fundar lisonjeras esperanzas en la elección de Bernardino Machado para presidente de la vecina República.

Tengo de Bernardino Machado la idea más favorable.

Le conocí aquí mismo, en el Balneario, cuando era este manantial más portugués que español.

Aquí bebían agua los Infantes, los pares del reino, lo más brillante de Portugal, y como los Braganzas son por naturaleza artríticos, aquí hubiesen venido todos unos tras otros, incluso el monarca que fué muerto a tiros, — a no estorbárselo las complicaciones y agitaciones de su política interior.

Machado se contaba en el número de los expedicionarios a iglesias viejas y castillos ruinosos, y yo gustaba mucho del trato del ilustradísimo y amable portugués.

No puedo menos de prometerme que su presidencia señale un período de paz y prosperidad.

Condiciones le sobran para dejar huella profunda en la historia de su patria.

* *

Sin aspirar a hacer competencia a Mariano de Cavia, diré que me sublevar algunos términos muy

impropios que oigo usar a personas obligadas a saber cómo se habla el castellano.

No ha mucho, un académico de la Lengua y un literato de fama exclamaron delante de mí que sentían *pánico*.

Pánico es el terror general, el terror de muchos. *Pánico* no cabe decirlo de una persona sola. Para exagerar la expresión del terror, se diría *miedo cervical*.

Un disparate insidioso es el de escribir *parisién* por *parisiense*.

Otro, decir *bajo la base*, queriendo significar todo lo contrario.

No conviene, seguramente, que se hable tan perfilado y recortado, que las personas den en redichas y almidonadas; a este extremo, casi prefiero el otro, el hablar con descuido y sin la menor sujeción a los preceptos de la gramática.

Lo mejor, sin embargo, es hablar bien y con suma naturalidad.

Y hablar no basta: se necesita pronunciar correctamente.

Una multitud de señores que debieran superar al borrico del gitano, y *pronunciar* como Dios manda, dicen *redículo*, *redicúlez*, *arizmética*, *Madriz*, *Curuña*, y otras lindezas.

Aquí, invariablemente, los que no son gallegos pronuncian *Mondariz* y *Puenteareas*, olvidándose de aquella conocida triada:

Cuando la perdíz sea *pérdiz*
y la nariz sea *náriz*,
Mondariz será *Mondariz*.

* *

Mucho se prestan los balnearios a estas y otras observaciones no filológicas, sino de peliaguda psicología.

Nada más fácil que estudiar las costumbres y la vida social, los caracteres y las condiciones y hasta las manías de la humanidad, en el corto trecho de la vida balnearia.

Uno de estos establecimientos, cuando se halla en el apogeo de la *season*, es un microcosmos donde no falta elemento alguno de los que integran la sociedad.

Aristócratas, plutócratas, intelectuales, políticos, religiosos, clérigos, militares, médicos, industriales, gente llana y del pueblo, mendigos, labriegos, mujeres hermosas y elegantes, ancianas consumidas por los años, enfermos que no lo parecen, sanos que se creen enfermos, niños encantadores, gentes de librea, obreros, — aquí no falta de ninguna casta de pájaros —...

Hasta se nos apareció un indio, un indio auténtico, libre del enganche inglés, dedicado a la muy pacífica profesión de vender labores de encajes y calados, que se fabrican en las islas Canarias, por labranderas que ganas dos reales al día, y se quedan ciegas a veces...

Y las labores corren que es una bendición, porque, tan baratas en su origen, lo son aún después de traídas del África a Europa...

* *

Hay sobre todo aquí plétora de automóviles.

Se ha generalizado el automóvil de tal modo, que ya los coches de caballos son una visión del ayer, algo arcaico y rancio, que no tiene cabida dentro de la vida actual.

Su andar parece el andar a trancos lentos de un semi-paralítico que conserva todavía intenciones de traslación.

Tan cierto es que el hombre se habitúa a lo bueno como a lo malo, y que si conoce una ventaja, un refinamiento de comodidad, ya no sufre el antiguo estado, que por tantos siglos aceptó sin la menor protesta.

Y dentro de algún tiempo, Dios sabe cuánto, el automóvil, tal cual es ahora, parecerá un armatoste. Se habrán inventado otros mecanismos, de materias más ligeras y resistentes, de nutrición más regularizada y fácil, y en que el pavoroso problema de los pinchazos no exista.

Al terminarse la guerra, el espíritu humano y su don de dominar la materia habrá adquirido tal vuelo, que hemos de ver cosas asombrosas — sin hablar de la navegación aérea, de la cual se anuncian tantas maravillas para facilitar el transporte no sólo por tierra, sino al través de los mares, de continente a continente.

Todavía no es tarde para consagrar un recuerdo a Ramos Carrión.

Su colaborador constante, Vital Aza, le ha precedido en el último viaje.

Eran ambos algo castizo y netamente español, sin el carácter acentuado, chispero y manolo, de don Ramón de la Cruz, sino con una nota burguesa, bonachona y francamente cómica.

Ramos Carrión, solo o acompañado, nos ha repartido mil veces el sabroso pan de la risa.

Ha regocijado a dos generaciones.

Y sin embargo, le está reservado el olvido, triste porvenir de los autores festivos a secas, sin alardes de literatura.

Últimamente, parecía anticuado Vital Aza.

Para mí y para otros muchos, las obras del gigante asturiano conservaban su frescura y su amenidad, con ribetes satíricos, de una sátira benigna.

El público, en su mayoría, declaraba que a Vital Aza ya «le había pasado el sol por la puerta».

No sé si algo análogo le ocurría a Ramos Carrión.

Es difícil hacer reír a los hijos y nietos cuando se ha hecho reír a los padres.

Envejece más lo humorístico que lo serio.

Lo trágico es eterno.

Nadie ríe hoy con Aristófanes, pero se puede sentir el escalofrío hondo de Sófocles y Esquilo.

* *

Ramos Carrión cultivó el sainete, la comedia asainetada, y la zarzuela, el libreto bien hecho, interesante, ingenioso, sin astracanadas ni sensiblerías melosas.

La Marsellesa es un modelo en el género; *La Bruja* y *El Rey que rabió*, dos joyas, dentro del género también.

Sin duda ayudó a estos libretos la graciosa y animada música, que, en *La Bruja*, por ejemplo, es una creación, y tiene un sabor especial; pero si no corresponde el libreto, la música nunca logra apoderarse del público.

Hay una relación estrechísima, en esas obras de Ramos Carrión, entre la música y las palabras.

La Marsellesa, además, encerró una fácil sátira política, y hasta hubo sus conatos, en algunas localidades, de silbarla, por tal motivo.

Era imposible no encontrar divertido y cómico a aquel *ciudadano Nerón*, al cual no le faltaba su filología.

La Marsellesa fué un triunfo; en cuanto a *La Bruja*, al *Rey que rabió*, a *La Tempestad*, a *Los sobrinos del capitán Grant*, se contaron por cientos sus representaciones.

Todavía *Los sobrinos* dan llenos.

Los niños... (y sabe Dios cuántas personas grandes) en las representaciones por la tarde, se abren de tanto reír con las distracciones del simple géografo.

Y ¿quién no ha pagado tributo de alegría al *Padrón municipal*, al *Oso muerto*, a *La almoneda del tercero*, a *Un cuarto desalquilado*, al *Señor Gobernador*?

* *

Aquella fecunda vena de chistes no se agotaba.

Y no eran chistes de sacacorchos, no eran algo forzado y retorcido, ni algo inefablemente absurdo y sin pies ni cabeza, como lo que hoy impera, y que se basa en dislocaciones o aproximaciones de palabras, sin atender a su sentido, o desquiciándolo violentamente.

La gente que iba al teatro a celebrar con carcajadas la obra de Vital Aza y Ramos Carrión era sin duda superior, en su mentalidad, a la que aplaude engendros como los que han llenado el teatro en estos últimos inviernos, y producido miles de duros.

Consagro este recuerdo a autores que han disipado tantas sombras de melancolía, y han sabido unir a la jovialidad sana y honrada un realismo nacional mitigado y optimista.

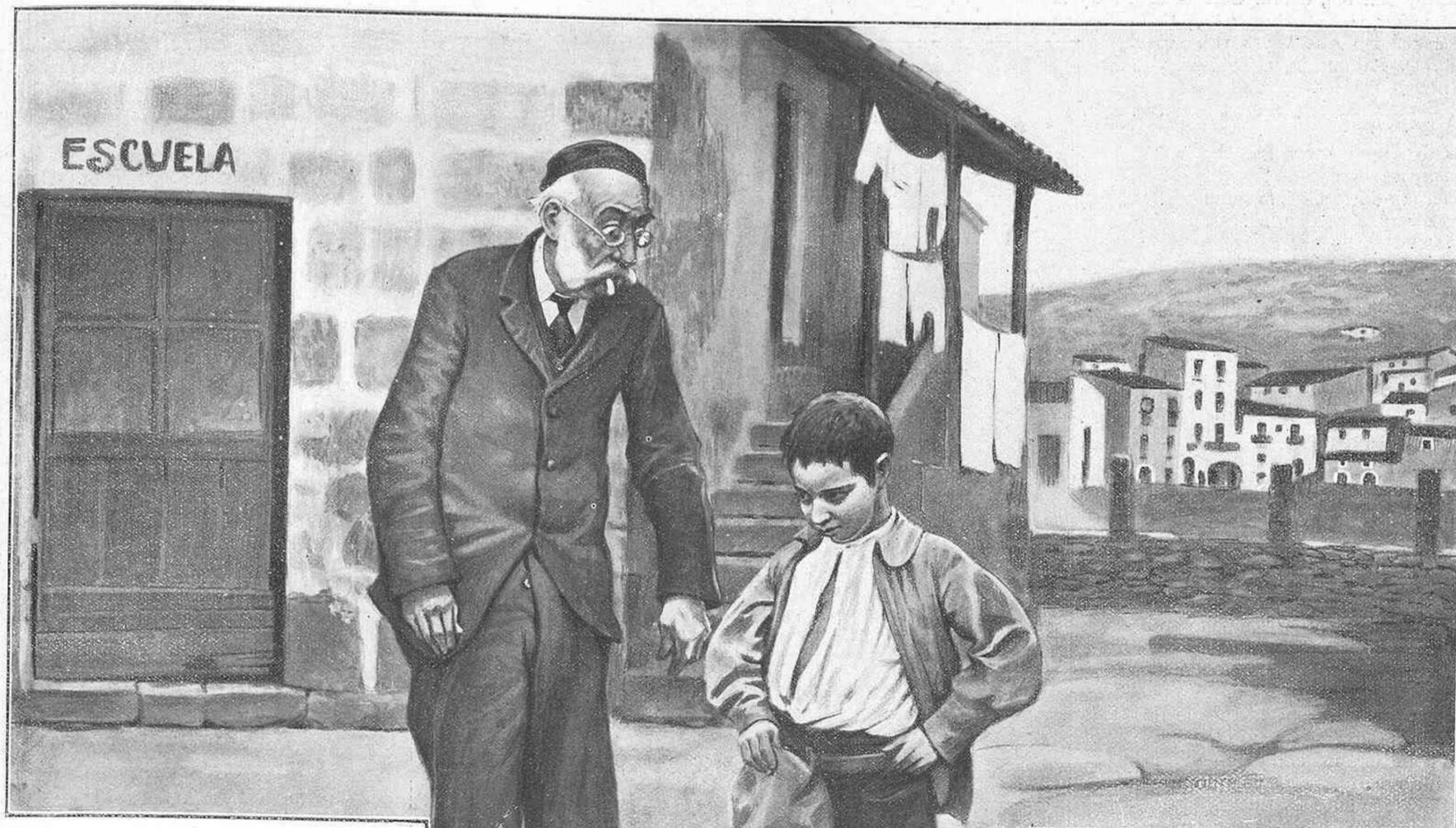
No han hecho daño a nadie y han aligerado el peso de la vida a no pocos...

Acaso su teatro desaparezca totalmente de la escena, como desaparecieron del mundo sus mejores intérpretes, la deliciosa Balbina Valverde, la perfecta e igual compañía de Lara; pero no será substituído por otro ni más espontáneo, ni de mejor sentido, ni más ameno.

Al contrario, si no mienten las señales.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

CHAVICO, POR PEDRO MASSA, dibujo de Opisso



Si fuera posible fundir en uno sólo los espíritus tan diversos y, dentro de su diversidad, tan armónicos y uniformes, de Pablo el Buscón, Guzmán de Alfarache, Gil Blas de Santillana y el del inmortal rapaz hijo del Tormes, quizás no se hallara alma tan pícaro y diabólica como la de nuestro héroe; eso que apenas si alcanzaban a la decena todas las fechas de su vida.

Era huérfano de padre, y primogénito de su ralea. Cuando apenas hubo cumplido los ocho, fué arrastrado por su madre, entre mandobles y lloriqueos, hasta la vieja casona donde se hallaba instalada la no menos añosa escuela del lugar: «*Siñor maestro, que este mi zagal es un granuja, un bribón de tomo y lomo; que yo no puedo con él; que a quién habrá salido tan descreidote y galopinazo; que usted como sabe tanto lo hará hombre; que si soy una pobre viuda con cuatro más a la zaga...*»

¡Que si qué sé yo cuántas lástimas y miserias!.. Y el mocosito gruñe, la madre vocifera, el maestro apacigua los ánimos con razones y halagos, y cátae a mi buen zagal uno de tantos entre aquellos granujas sucios y desarapados, que todo lo trastornan y desbaratan, que, al menor descuido del justo varón que los gobierna, ponen alfileres en el sillón frailer, esconden palmeta y libros y no dejan, en suma, títere con cabeza.

Los mismos granujas que, todas las tardes, por esas adorables paradojas de la psicología infantil, al punto que tramonta el sol bañando con sus místicos oros aquel santificado lugar de muros renegridos y cuarteados, de roñosos mapas y carteles, del viejo crucifijo de talla, cantan arrodillados sobre las desvencijadas bancas esa cristiana oración dulce, consoladora, impregnada en la sencilla majestad de los fervores hondos: «*Os damos gracias, Señor, porque nos habéis asistido con vuestras luces...*»

Y por los cristales de las gafas caídas del dómine que, desde su sitial, marca a golpes de palmeta el compás de la canción, resbala una lágrima piadosa y resignada que va a perderse lenta en los surcos de su rostro cobrizo...

Si Dios no fué servido que el bueno de D. Lucas, en su dilatada coyunda, viera retoñar su estirpe, plúgole, en cambio, al remate de sus días, dotarle de aquel cobijo más malo que arrancado y más haragán que siete. Porque Chavico, que entró en aquella casa en calidad de educando, movió tan a lástima al maestro y a su vieja costilla por su aire avisado y paupérrima condición, que, no muy luego, fué apropiado por ambos, llegando a poner, en la

casona silente como una tumba, la nota jovial de sus travesuras y donaires.

¡Y vaya que era para mover a lástima la traza del menguado rapaz!

Imagináosle achaparrado y con una colilla entre los labios, que hizo signarse tres veces a doña Concha y al dómine propinarle el primer cocotazo; un bardal por cabeza; llevaba, sobre la misma carne cuarteada por la roña, un pardo chaquetón, mugriento y roto, que le bajaba hasta las corvas; sostenidos en el pecho por una sogá de esparto, le colgaban los calzones de perneras vueltas y revueltas sobre unos zapatos, que, por lo enormes y raídos, antes que calzas asemejábanse, como las del clérigo Cabra, a tumbas de filisteos; imagináosle de esta guisa, repito, y decidme si, más que de zagal, no os da la impresión de retorcido tronco de vid por lo áspero y negro y carroñoso de su piel y por el gracioso deshilvanamiento de su cuerpo ladino.

No era grano de anís la tarea que voluntariamente se impusieron los cónyuges de meter en cintura al arrapiezo. Hecho a la libertad, soberano en su albedrío, acostumbrado a campar sin otra brújula y guía que la de su santísima voluntad, hallábase cual enserretado corcel bajo la férula solícita y amable, pero férula al fin, de doña Concha, que sentía en su pecho el primer gorjeo de ese pájaro humano que, según frase feliz del poeta, llevan todas las mujeres dormido en el corazón.

De ahí que, cuando para cumplimentar algún mandato de sus bienhechores, Chavico traspasaba los umbrales de la Escuela y se veía en la calle rodeado de sus viejas amistades, perdía la noción del tiempo y hasta se borraba de su memoria el motivo que tan inefable placer le proporcionara.

Ni filípicas ni halagos, ni reconvenciones ni pro-

mesas, ni amenazas ni mandobles: nada era suficiente para corregir, en este punto, al arrapiezo que, si bien aguantaba humilde y cabizbajo las rociadas y catilnarias del dómine, llegando el taimado hasta compungir el rostro como si en efecto el arrepentimiento le pinchase, dejaba volar su imaginación al precioso instante en que tornar pudiera a sus diabluras - tirar al caliche y al tranco, trepar por los árboles, disparar cachorros, franquear cañizos y cercas, ojo siempre avizor a la rociada de sal - en unión de aquellos sus buenos camaradas: *el Pitarro, el Roche, el Liendre, el Carasanto...*, lo más granado, como si dijéramos, de la militante canalla del lugar.

Y no se crea, por esto, que Chavico dejaba de ser bueno, de tener un corazón nidal de puros sentires, un alma llena de nobleza y serenidad. ¡Vaya si la tenía! Qué lo diga doña Concha, cuando en las tardes soleadas del otoño, bajo el umbroso pabellón de las campanillas trepadoras del huerto, sentada en el taburete de esparto y tendido a sus pies, como un faldero, el zagal, le refería, con acento dulce y despacioso, aquellas viejas historias de pajes y encantamientos donde una princesa de faz oval, chapín rojo, alba y linda como una flor de lis, suspiraba y casi moría, prisionera en jaula de oro, porque no quiso o no supo esquivar su pecho a la divina saeta del Amor; donde en las gayas fiestas de romería sonaba el rabel y el tarabuc bajo el cielo purísimo cobalto de la tarde, y vibraba la pastorela dulce y melancólica en gracia y loor de la más blanca doncella; donde Gerineldos, el rubio Gerineldos de la voz de cristal, pulido y galante, lloraba cuitado sus amores reales en el jardín de plata, al pie mismo del centenario álamo a cuyo tronco se enroscara el rosal de la rosa que hizo morir de celos al silfo de la leyenda...

Y Chavico lloraba y reía con aquellos rendidos amadores y visionarias damiselas de las viejas historias de doña Concha, dulces unas, tristes otras, amorosas todas...

Un día, doña Concha amaneció enferma. ¡Válgame Dios y cómo corría de un lado para otro el apenado D. Lucas preparando pocimas y brebajes a ver si, con aquellos *infalibles* potingues de la farmacopea lugareña, aquietaba los acerbos dolores que tan fuera de sí habían puesto a su vieja costilla.

Todo en vano: el mal seguía, y el angustioso planir de la enferma se le hincaba en el alma, llena de congoja, maltrecha y desesperada.

—¡Chavico, hijo mío, acércate, rapaz!.., gritó el maestro en el paroxismo del abatimiento.

En dos brincos plantóse el arrapiezo en presencia del dómine. Éste le habló:

— Mira, Chavico, mamá Concha está muy mala.

— Sí, señor, sí.

— Es preciso que vayas volando a casa de D. Raimundo, el médico, y le digas que venga cuitoso, que la cosa es grave. ¿Sabes, rapaz? ¡La cosa es grave!

— Sí, señor, sí.

El chicuelo, en tanto hablaba D. Lucas, no apartó la vista de sus manos que, caídas a ras de la cintura, jugueteaban con una parpallota moruna.

— ¿Te enteras o no?

— Sí, señor, sí, repuso Chavico.

— Pero ¿con qué demonio juegas, quién te ha dado esto?, dijo D. Lucas arrebatándole la monedilla.

— Nadie, yo, que me la he *encontrao*.

— Bueno, pues escucha. ¿Ves el reloj? Y le señaló el de pared.

— Sí, señor, sí.

— Como no hayas vuelto antes que la más larga de esas saetas llegue a las doce, donde está el pajarico, te quedas sin tu hallazgo. ¡Ea, gagnápiro, ya puedes correr, que cinco minutos se pasan en un decir Jesús!

Como clavado en el suelo quedó el rapaz, mirando ora al maestro, ora a la esfera del reloj. ¿Tardaría mucho en llegar aquella cosica negra al pajarico?

— Pero ¿qué esperas, condenado?

Y huyendo del mandoble, salió el zagal de la escuela como alma que lleva el diablo. ¡Y qué iba a tardar Chavico en la comisión más de cinco minutos! Cuatro no eran pasados cuando presentóse de vuelta ante D. Lucas.

— ¡Así me gusta, hijo mío, así me gusta!, reconvinó el maestro. ¿Ves cómo cuando quieres te tornas diligente y juicioso?.. Mas cuida que, en la vida, no sca sólo el interés lo que a ser obediente te mueva. No olvides que, atesorando tan preciosa virtud, a Dios se alaba y conseguimos de nuestros semejantes estimaciones y afectos.

¡Cuánto amor había en estas palabras del viejo! ¡Vaya si Chavico era bueno! ¿Qué importaban sus anteriores travesuras, su temperamento de diablejo, si ahora, en lo juicioso y formalote de su conducta, parecía talmente un hombre?

— Te has portado, rapaz. Acércate y no te entris-tezcas tú, hijuco.

El zagal se revolvió receloso de un lado para otro

do! Toma, dijo entregándosela. Y ahora vete a jugar al huerto. Y fuera tristezas, ¿eh?

Diez, veinte, treinta minutos habían transcurrido sin que el médico apareciera por parte alguna. Allá lejos, en la alcoba, seguía cada vez más agudo el angustioso planir de doña Concha. D. Lucas salía y volvía salir a la puerta; oteaba la calle y deshacía en impacencias por ver asomar a D. Raimundo.

— ¡Chavico! ¡Chavicooo!, clamó ya en el colmo de la exaceración. ¿Dijiste que la cosa era grave? ¿Cuándo te prometió el médico venir?

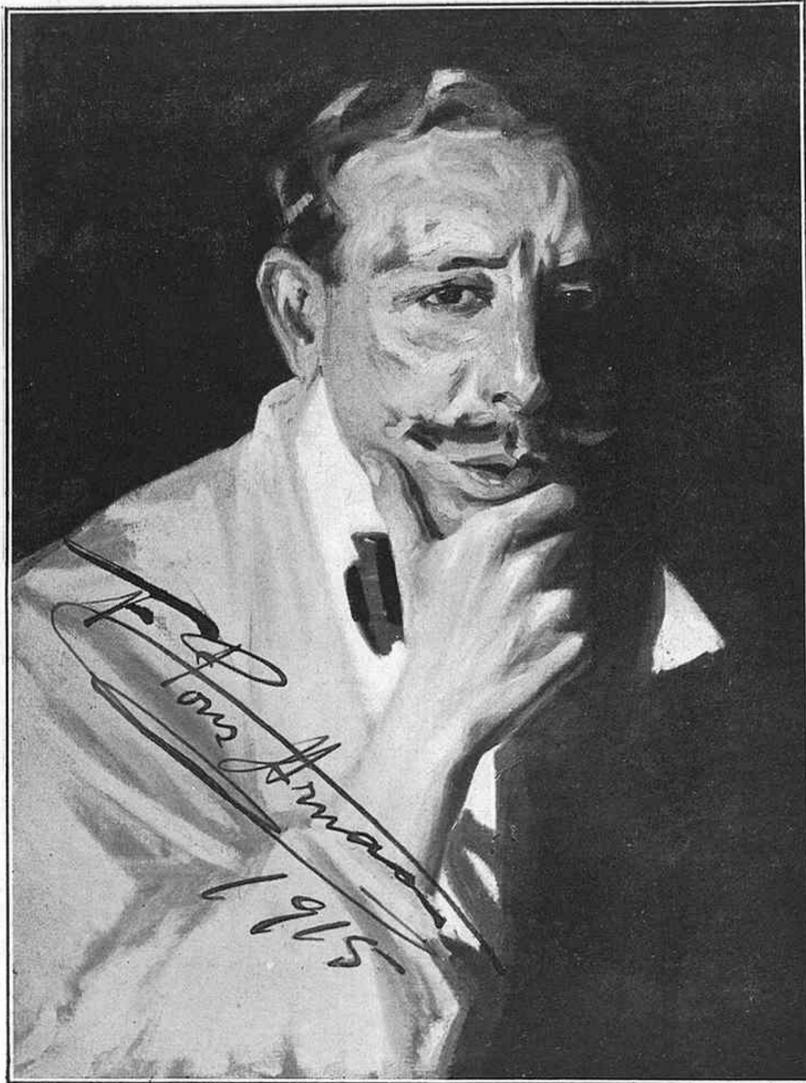
— Yo no vi al médico, no, señor.

— Entonces, ¿con quién hablaste?

— Con nadie, repuso naturalmente el chicuelo.

— ¿Con nadie?.. Pero ¿en qué quedamos, zopenco? ¿Has ido o no a casa de D. Raimundo?

— ¡Anda Dios, como que iba yo a ir pa no volver en tan poquito tiempo y *quearme* sin la parpalla!..



Autorretrato de Francisco Pons y Arnau, autor del retrato de S. M. el Rey D. Alfonso XIII que reproducimos en la primera página y de los dos cuadros reproducidos en ésta.

sin dejar de observar los menores movimientos del dómine. Por fin exclamó:

— Pero ¿y la parpallota?

— ¡Ah, hijo mío, perdóname, ya me había olvida-

Unidos y ha querido hacer, para que la presidiera, el retrato de nuestro soberano, que es el que dejamos descrito y reproducimos en la primera página de este número, y para el cual sirvió de modelo el propio monarca, quien le concedió tres sesiones en el Palacio de la Granja.



Retrato del Excmo. Sr. conde de Oedillo. Valenciána, obras de Francisco Pons Arnau



LA MUERTE Y LA VIDA, monumento sepulcral, obra del eminente escultor italiano Leonardo Bistolfi, que se admira en un cementerio de Zürich

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — Los principales hechos ocurridos, según los partes oficiales de los aliados, son los siguientes: en la región de Nieuport ha sido rechazado un ataque alemán; los ingleses, después de haber recuperado las trincheras de Hooge que habían perdido, se han visto obligados a abandonar una parte de ellas por haber quedado inutilizadas para la defensa, a consecuencia de una violenta lucha de artillería, y se han retirado a la línea situada al Sur de aquel pueblo sin que ello haya perjudicado en nada sus posiciones; los franceses han re-



llería, luchas de minas, combates con granadas de mano, bombardeos aéreos, etc. Varios zeppelines han bombardeado la costa Este de Inglaterra, causando muy pocos daños. Un submarino alemán ha bombardeado Harrington, Whitehove y otro puerto inglés, causando sólo daños de escasa importancia. *Teatro de la guerra de Oriente.* — Los austroalemanes han rechazado las ofensivas rusas a lo largo de la carretera de Riga a Mitau; prosiguiendo su avance al Sur del Niemen, se han aproximado a la línea de fuertes de Kovno, han atacado con éxito a las posiciones avanzadas y han rechazado algunos ataques de la



En Francia. — Trincheras alemana destruída por los cañones de 75 y ocupada luego por los franceses en el bosque de Le Pretre. (De fotografía de Branger.)

chazado numerosísimos ataques en la región de Arrás, en donde, además, han destruído, en el Artois, por medio de minas los trabajos de las avanzadas enemigas; otros ataques en el Argonne, especialmente en todo el frente comprendido en el sector de María Teresa; un reconocimiento contra la estación y el molino de Moncel (Lorena), y un ataque contra Lingenkopf (Vosgos). En el Argonne, los alemanes consiguieron penetrar en el centro de un sector, pero fueron expulsados, no conservando más que las trincheras de primera línea. En la región entre el Oise y el Aisne han ocupado los franceses la excavación producida por la explosión de una mina.

Los alemanes dicen haber rechazado varios ataques en las regiones de Arrás, de la Champaña, del Argonne y de los Vosgos; haber conquistado un gru-



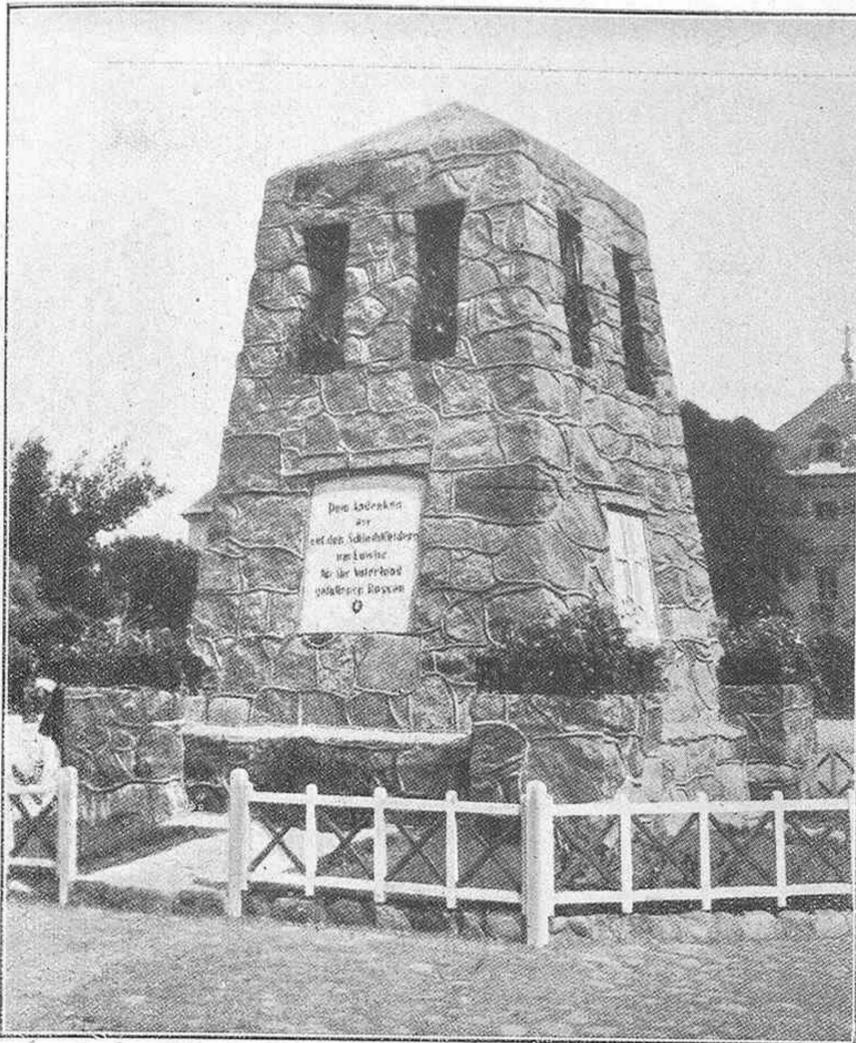
En Polonia. — Soldados rusos preparando el té para sus oficiales. (De fotografía de C. Trampus.)
En los Dardanelos. — Cazadores de Africa preparando la comida. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

po de fortificaciones al Norte de Vienne-le-Chateau (Arrás), habiéndose hecho fuertes en ellas, y haber rechazado otro ataque en Lingenkopf (Vosgos). Al Oeste de Verdún, los alemanes han cañoneado y hecho caer un globo cautivo francés.

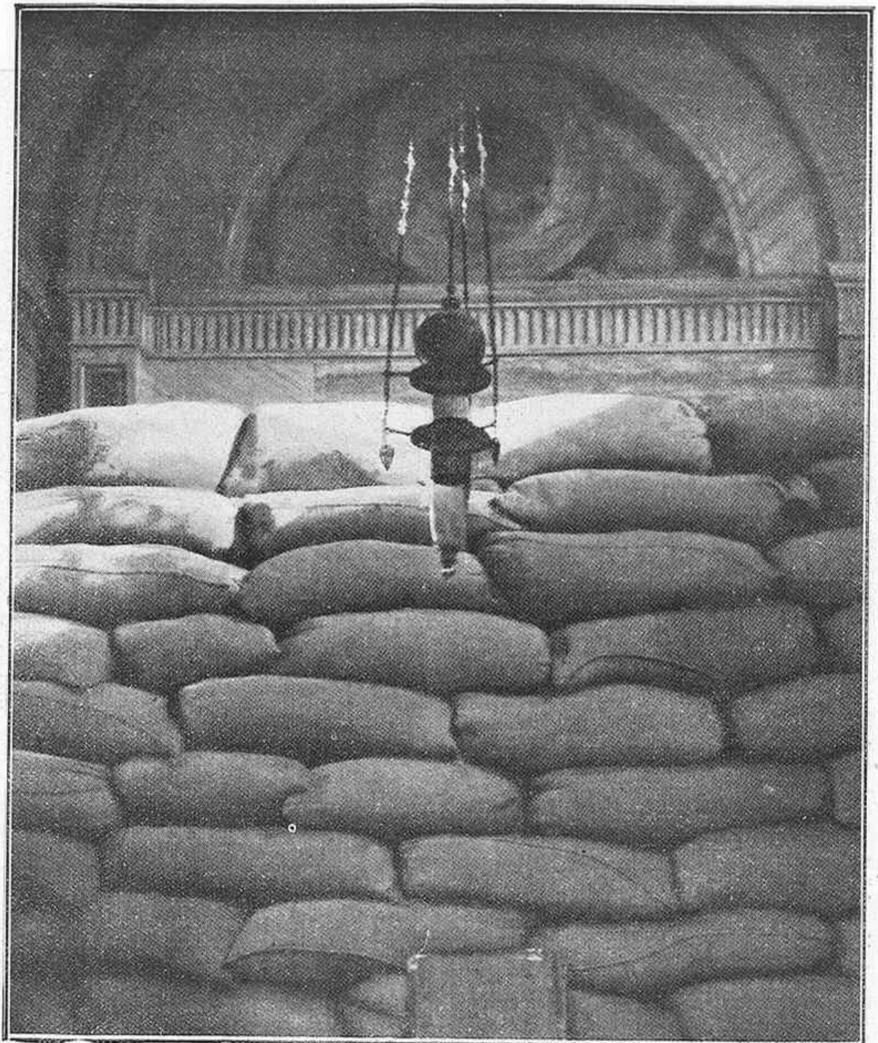
Aparte de estas operaciones, ha habido en distintos puntos del frente los consabidos duelos de arti-

En los Dardanelos. — Camello cubierto de cañas a fin de que se confunda con el suelo y no sea descubierto por los aviadores. (De fotografía de Branger.)

guarnición de aquella plaza; han ocupado la ciudad de Lomza, y avanzando hacia el Este, han llegado hasta la desembocadura del Bug en el Narew; se han apoderado del empalme del ferrocarril al Sur de Ostrow; han tomado la cabeza de puente de Visna, arrojando al enemigo al Sur del Narew; han obligado a los rusos a retirarse entre el Narew y el Bug, llegando en su avance hasta las alturas de Briansk; en el frente de Ostrow hasta el Bug han desalojado a las retaguardias rusas de sus principales posiciones; han tomado varios fuertes de Novo Georgiewski, cuyos defensores han tenido que retroceder hacia la plaza, la cual ha quedado enteramente cercada y detrás de la línea alemana; han ocupado, entre otras, las ciudades de Sieldce y de Lukow, llegando hasta Wiznice, siguiendo hacia Vlodova y avanzando por la orilla Este del Bug al Este



Monumento erigido por los alemanes en honor de los rusos que murieron por su patria en las batallas libradas cerca de Lowicz. (De fotografía.)



Ravena. - Precauciones adoptadas para proteger la tumba de Dante contra posibles ataques aéreos. (De fotografía.)

de la última población; han atravesado el bajo Wieprz, continuando su persecución hacia el Nordeste; y en la orilla Sur del Dniéster han tomado la cabeza de puente tenazmente defendida.

Los rusos han empujado al enemigo entre el Dvina y el Niemen; han obligado a los alemanes a replegarse en la dirección de Dvinsk y en la región de Schotenberg, persiguiéndolos en su retirada; han rechazado los ejércitos que amenazaban Riga y avanzado hacia Jacobstadt y Dvinsk, ocupando algunas posiciones; han rechazado varios ataques contra Kovno; han impedido la tentativa de cortar el ferrocarril de Varsovia a Petrogrado; y han rechazado a los alemanes que avanzaban sobre Cholm, así como los ataques en el Wieprz, en el Bug y en el Dniéster.

Resumiendo todas estas noticias oficiales, puede decirse que, exceptuando en el extremo Norte y en el extremo Sur, los austroalemanes han proseguido su avance en toda la línea, no sin tener que vencer en todas partes, según ellos mismos confiesan, la resistencia tenacísima de los rusos, que continúan retirándose metódicamente y sin comprometer en una acción que podría ser decisiva sus grandes ejércitos.

Italianos y austriacos. - Los italianos dicen que en todo el frente han rechazado los ataques de los austriacos contra las posiciones por ellos conquistadas; que han ocupado varias trincheras enemigas en la pendiente occidental de Monte Piano (Carnia); que su artillería ha destruido algunas trincheras ene-

migas en el Carso, en la región del Isonzo, y que en la misma región han realizado progresos en Monte Nero en dirección a Plezzo.

Los austriacos, a su vez, también afirman haber rechazado los ataques de los italianos en todo el frente y haber progresado notablemente en la zona de Monfalcone. Dicen, además, que dos contratorpederos suyos han bombardeado Bari, Santo Spirito

de combates encarnizados, han avanzado bastante.

Los turcos dicen que han rechazado algunos ataques en Ari Burnu y que han tomado 100 metros de trinchera en Sedul Bahr.

La guerra naval. - Una escuadra alemana compuesta de doce cruceros y numerosos torpederos atacó la entrada del puerto de Riga y, según los rusos, fué rechazada, habiendo resultado averiados por

las minas un crucero y dos torpederos. Los alemanes, explicando este mismo combate, dicen que su escuadra atacó a la rusa, obligando a retirarse a un crucero acorazado y reduciendo al silencio a las baterías de la costa; que el mismo día los torpederos rusos atacaron infructuosamente los cruceros alemanes, habiéndose declarado un incendio en uno de aquéllos; que los buques alemanes fueron atacados por los submarinos rusos, sin que ningún torpedo hiciera blanco; y que la flota alemana no sufrió daño alguno.

En el mar del Norte se ha hundido el contratorpedero inglés *Lynx* por haber chocado con una mina. El crucero auxiliar alemán *Meteor* ha echado a pique el vapor vigía inglés *Ramsey*; pero



En los Vosgos. - Transporte de municiones a lomos de mulos. (De fotografía de M. Rol.)

y Molfetta, ocasionando el incendio de varios depósitos y causando muchos daños en obras de fábrica.

En los Dardanelos. - De las noticias oficiales de los aliados se desprende que éstos han realizado progresos de importancia, habiendo ocupado fuertes posiciones en la región de Gaba Tepe y desembarcado en la bahía de Sumla grandes contingentes de tropas. Las tropas australianas, en particular, después

después, al aproximarse los cruceros ingleses, la tripulación del *Meteor* abandonó el buque y lo voló. En el Adriático un submarino italiano ha echado a pique a un submarino austriaco, y otro submarino italiano chocó con una mina y se hundió. En el golfo de Finlandia ha sido echado a pique el crucero armado inglés *India* y en el mar Egeo un transporte inglés que conducía tropas a los Dardanelos.

LA GUERRA EUROPEA. - LA ARTILLERÍA ALPINA EN LA FRONTERA ITALIANA

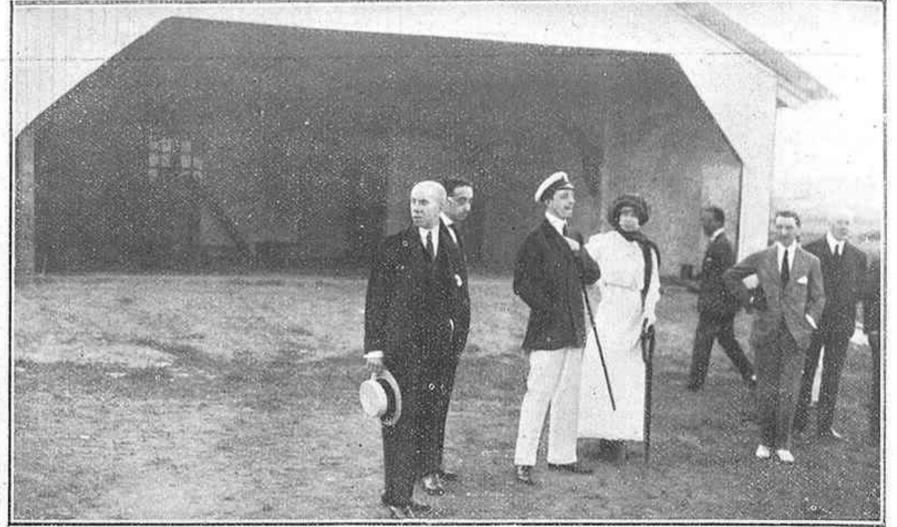
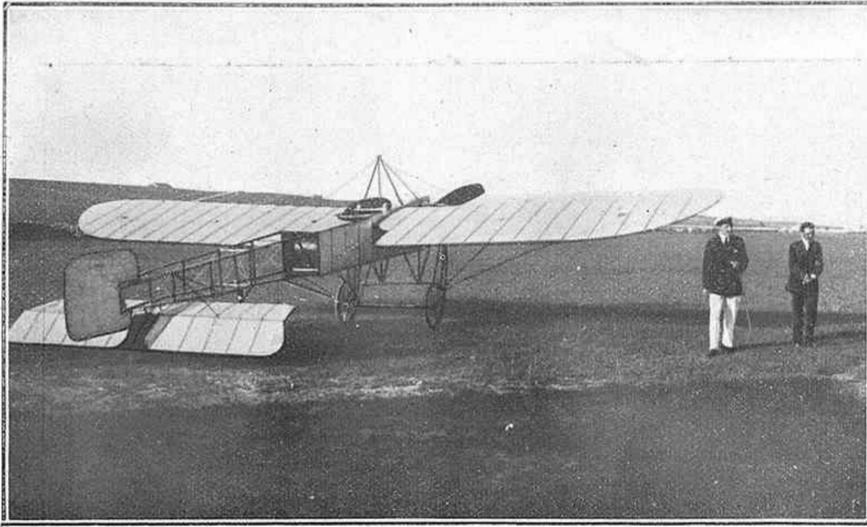


Acto de bajar a un mulo de la artillería de montaña a un saliente en los Alpes, dibujo de F. Matania. (Reproducción autorizada.)

LA GUERRA EUROPEA. - EL AVANCE DE LOS ALEMANES EN RUSIA



Tropas alemanas en una estación ferroviaria de la Polonia rusa disponiendo los trenes militares que han de partir hacia el interior, dibujo de Félix Schwormstadt. (Reproducción autorizada.)



Santander. El veraneo de la familia Real. - S. M. el Rey D. Alfonso XIII recorriendo el campo de aviación de la Compañía Española de Construcciones aeronáuticas acompañado del notable aviador Sr. Pombo. - S. M. el Rey y S. A. la Princesa D.^a Beatriz presenciando los vuelos del Sr. Pombo. - S. M. la Reina D.^a Victoria, acompañada de la duquesa de San Carlos, en el Paseo del Sardinero. - SS. AA. los Infantes D. Carlos y D.^a Luisa, acompañados de su hijo el Infante D. Alfonso, al salir de la Caseta Real de baños. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

SANTANDER. - EL VERANEO DE LA FAMILIA REAL

BARCELONA. - EXPOSICIÓN-FERIA DE JUGUETES

S. M. el Rey y SS. AA. los Infantes D. Alfonso y D.^a Beatriz visitaron hace algunos días el campo de aviación de la Compañía Española de Construcciones aeronáuticas, presenciando los notables vuelos del aviador Sr. Pombo.

Entre las regatas últimamente efectuadas han ganado los primeros premios el yate *Cántabro*, patroneado por la señorita Miranda, hija del ministro de Marina; y los balandros *Barandil*, en el que iban los Infantes D. Carlos y D.^a Luisa; *Giralda IV*, dirigido por S. M. el Rey; *Alsí*, patroneado por el Sr. Gandarias; y *Sula*, patroneado por Su Majestad. Las copas Lemaur, Mercadel, Sport y Alday han sido adjudicadas a las señoritas Luercain, Herrera y Valle.

Se han efectuado algunas tiradas en el Tiro de Pichón. Los tiradores premiados han sido: S. M. el Rey, el conde de los Villares, D. Enrique Gilargo, D. Basilio Gutiérrez y D. Enrique Camino.

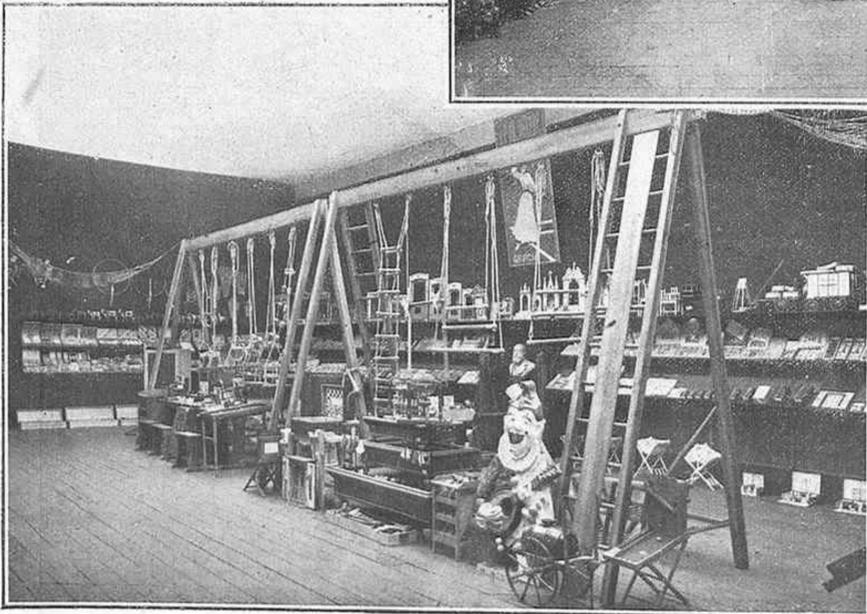
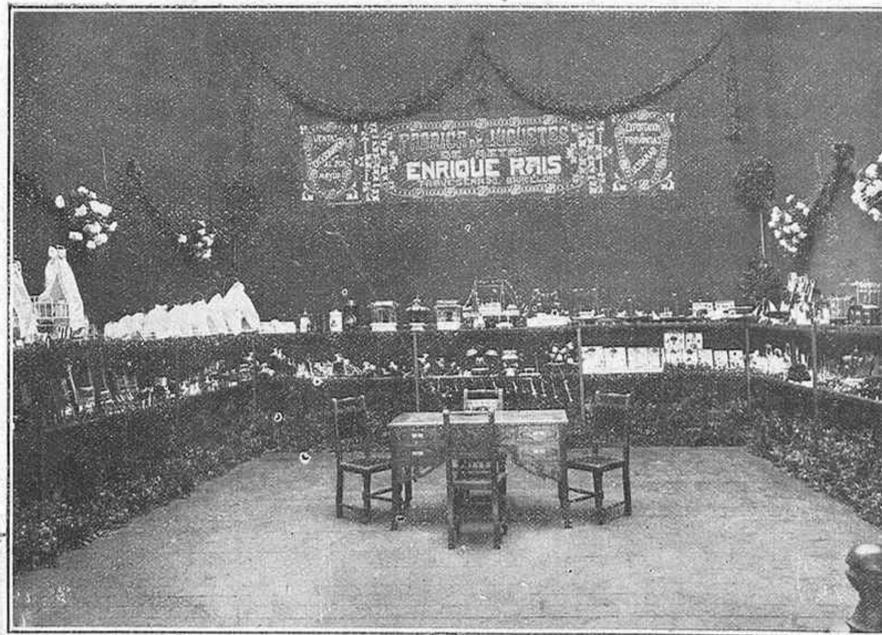
En el campo de la Magdalena se han jugado interesantes partidos de polo en los que han tomado parte S. M. el Rey, S. A. el Infante D. Alfonso, el conde del Rincón, el duque de Santofía, el conde de Maza, el marqués de Viana y los Sres. Santos Suárez, Larios y Turno.

La Exposición de juguetes organizada por la Agrupación de fabricantes de este ramo e instalada en el Palacio de Bellas Artes es bajo todos conceptos notable y constituye una demostración elocuente del grado de perfección que esta industria ha alcanzado en Barcelona y que en muchos productos le permite competir dignamente con la extranjera.

Las instalaciones ocupan diez salas en el ala izquierda de aquel edificio y pertenecen a veintiún fabricantes de esta capital, habiendo solicitado tomar parte doce fabricantes más, todos de Cataluña. De las demás regiones de España no ha concurrido ninguno, a pesar de haberse dirigido oportunamente invitaciones a los principales de ellos para que contribuyesen con su cooperación al mayor lucimiento del certamen.

Todas las instalaciones se distinguen por su artística presentación así como por la variedad y perfecta fabricación de los juguetes, de los que hay de todas clases, desde los más modestos a los más ricos, desde los que sirven de simple recreo a los que tienen además un fin educativo.

Es una exposición digna de ser visitada y por la que merecen entusiastas plácemes sus organizadores.



Barcelona. Exposición-feria de juguetes organizada en el Palacio de Bellas Artes por la Agrupación de fabricantes de este ramo Vistas de algunas de las principales instalaciones. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

MI TIO FLORENCIO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR ANDRÉS THEURIET. - ILUSTRADA POR E. BOUARD. (CONTINUACIÓN.)

Dionisia, profundamente impresionada por este magnífico espectáculo, permanece muda, y yo adivino su emoción por el brillo de sus ojos. Por fin se abren sus labios y suspira:

- ¡Es aún más hermoso que las montañas!

- ¡Oh!, murmura la señora Egrefeuil, la señorita Suzor es una admiradora de la bella naturaleza. Yo también, cuando tenía mejor salud, encontraba gran placer en pasearme por el campo; me encantaban las flores y los pájaros. Hoy, mi deplorable salud me priva de todos estos placeres, y, de rechazo, privo de ellos igualmente a la pobre señorita Suzor, sin cesar ocupada en cuidarme... Paciencia, hija mía, le reservo a usted una sorpresa... Mañana domingo, no tomaré mi baño; rezaré la misa en casa y tendrá usted toda la mañana libre.

Esta promesa suena alegremente en mis oídos. Casi me es tan dulce como a Dionisia, pues despierta en mí el deseo de acechar la salida de la joven y compartir el placer de su excursión matinal.

Mis miradas dejan las estrellas para fijarse en la campiña dormida en que todo es sombra, en que sólo los cascabeles de los grillos se mezclan con el murmullo de los arroyos, y donde mañana tendré quizá la suerte de encontrar a la señorita de compañía...

En el fresco silencio nocturno, distingo voces que se acercan; oigo el falsete de mi tío que alterna con el órgano meloso del Sr. Egrefeuil, y más lejos, las frases de Sol y de Ternat, que, de bracete, van hablando:

- En toda pintura, proclama el artista, el principal personaje es la luz, el juego de los rayos luminosos reflejados por los objetos constituye el único interés del cuadro. Propiamente hablando no hay colores ni contornos, sino simplemente modificaciones de luz.

Como nuestro trío marcha muy lentamente, el resto de la banda se decide a juntarse con nosotros.

- Creo que vamos a tener buen tiempo, exclama el señor Egrefeuil, y hemos resuelto, Ternat, Sol y yo, intentar mañana la ascensión al Bergonz. El Sr. Garaudel está impaciente por visitar «el Righi del valle de Luz...» ¿Es usted de la partida, Sr. Silmont?

¡Mal haya el Righi del valle de Luz!.. El del Oberland me ha dejado bastantes decepciones. Además, el día de mañana me ofrece una perspectiva mucho más agradable.

Declino pues del mejor modo que puedo la invitación de los Egrefeuil, y, sin hacer caso de los refunfuños de mi tío, contesto que me veré retenido en casa por correcciones de pruebas.

Nos separamos delante de casa Casmajoux y, del fondo de la carretera oscura, oímos resonar las últimas recomendaciones del azucarero:

- Mañana, al amanecer, estaremos a la puerta de su casa... ¡Hora militar!.. ¡No se espera a nadie!..

X

A cosa de las cinco de la mañana, despierto al ruido de pisadas de caballo y llamamientos a gritos.

La ventana de Florencio se abre y mi tío lanza por ella esta breve exclamación:

- ¡Ya estoy! Bajo en seguida.

Al mismo tiempo, oigo un zafarrancho precipitado, y gruesos zapatos claveteados hacen gemir los peldaños de la escalera.

Yo temía que Florencio Garaudel viniese a mi cuarto a intentar que le acompañase, pero se ha abstenido.

Me guarda rencor por mi negativa, y no lo siento, en el fondo, pues su enojo nos evita a los dos un desagradable altercado.

Sin embargo, me levanto, entreabro suavemente

campanas me sugiere una buena idea. Pienso que hoy es domingo y que Dionisia querrá sin duda oír una misa, antes de aprovechar las horas de ocio otorgadas por la señora Egrefeuil.

Me dirijo pues a la iglesia de los Templarios que eleva sobre el pueblo su modesto campanario entre dos torres militares y a la cual rodean un cerco de murallas almenadas.

La nave provista de aspilleras y el ábside de medio punto completan la fisonomía belicosa de esta capilla que parece una fortaleza.

Penetro en el interior.

La misa está ya en el *Credo*: todos los fieles se hallan de pie.

Yo me disimulo prudentemente detrás de la pila del agua bendita, a fin de observar mejor el desfile de los devotos después del oficio divino.

Mi espera no es larga; el oficiante celebra rápidamente su misa y los oyentes empiezan a desfilar por el atrio: montañeses de chaqueta y boina, viejas envueltas en la capa negra forrada de morado, jóvenes con el capuchón rojo o azul; algunas bañistas forasteras, mezcladas con gente del pueblo.

Entre estas últimas veo a la señorita Suzor vestida de gris, con un sombrero de paja, botinas amarillas, y, en la mano, en vez de sombrilla, una pica alpina con punta de hierro.

Mi rostro debe revelar la alegría que experimento, pues mientras mojo los dedos en la pila para ofrecer agua bendita a Dionisia, ésta se inclina y sonríe maliciosamente.

Una vez fuera, ella me tiende la mano, diciendo:

- No sabía que fuese usted devoto, Sr. Silmont, y no esperaba encontrarle aquí. ¿Ha abandonado usted decididamente a su tío?

- Sí, señorita... Me felicito de haber visitado la iglesia en vez de subir al Bergonz, puesto que tengo el gusto de encontrar a usted... ¿Quiere permitirme que la acompañe durante su paseo?

- Con mucho gusto... Usted conoce el país mejor que yo, y me conducirá a algún sitio interesante... ¿Adónde iremos?

Mis ojos inspeccionan un momento el valle en que cristalinos

arroyos brillan al sol, y los primeros términos de la montaña, donde se escalonan varias aldeas entre castaños y campos de verdura.

- Si usted quiere, subiremos hasta el pueblecito de Sazos, que se encuentra allí, a media cuesta.

- Vamos a Sazos... con la condición de que para ello no se necesite demasiado tiempo. Es necesario que yo esté de vuelta a las once; parta usted de este principio.

- Tres horas bastarán ampliamente para ir y volver.

- Entonces, en marcha.

Bajamos hacia las praderas donde varias filas de álamos entrecruzan sus ramas, y tomamos el sendero roquizo que sube hacia Sazos.

Este sendero está bordeado de matas de boj, de amargo olor; por él corren centenares de lagartijas, y Dionisia las acosa con una alegría infantil. Las cosas más insignificantes la interesan o divierten.

El viento, como un órgano de cristal, la trae vibrantes sonoridades de la montaña: pequeñas flautas de riachuelos y ruidos retumbantes de cascadas, llamadas remotas de pastores, sonidos de cercos y esquilonos.



- ¿Está usted contenta, entonces, de su excursión?

las persianas y asisto de incógnito a la partida de la caravana.

En la fresca azul de la mañana, Ternat y la señorita Sol cabalgan delante. El Sr. Egrefeuil va también a caballo; pero Florencio, que ha conservado un doloroso recuerdo de la equitación del lago de Gaube, se ha negado rotundamente a renovar su primera experiencia. Blandiendo su pica sigue a pie con el guía.

El cielo color de perla es muy puro; las montañas se delinear vaporosas sobre el horizonte rosado. Todo anuncia un día caluroso.

Lentamente, los excursionistas suben la cuesta y desaparecen después de haber pasado el torrente de la Lise.

- ¡Buen viaje!

Yo me siento orgulloso de haber reconquistado mi libertad; una alegría, suave como el despuntar del alba, me penetra, y me lavo y visto gozoso.

La buena señora Casmajoux me trae el te. Lo saboreo voluptuosamente escuchando la música de las campanas que tocan a la primera misa, y bajo a mi vez para acechar la salida de la señorita Suzor.

Una vez en camino, el argentino sonido de las

Trata de coger al vuelo las mariposas; coge un ramo de claveles silvestres, saxifragas e hipéricos; el aire de la montaña la embriaga como un vino puro; sus mejillas mate se coloran como melocotones que maduran, y sus negros ojos se iluminan.

— ¡Es un gusto llevarla a usted a paseo!, digo fijando una mirada admirativa en su risueño semblante.

— Estoy contenta, y quizá se ve demasiado... ¿Qué quiere usted? No sé disimular ni moderar mi alegría. Soy como los convalecientes que han estado sometidos a una dieta severa y se precipitan glotonamente sobre la comida... ¡Hace tanto tiempo que no he tenido semejante dicha!..

Ya estamos en Sazos.

Se oye el último toque de campana para la misa mayor.

De todas partes, por las veredas bordeadas de alisos, mujeres y niños se dirigen presurosos hacia la vieja y pequeña iglesia romana.

A través de los verdes setos, las capuchas rojas aparecen como grandes amapolas.

Entramos un momento en la nave; la señorita Suzor se persigna y murmura una breve oración, y luego, con verdadero pesar, volvemos a ponernos en marcha, de regreso hacia el fondo del valle.

La bajada se opera por senderos formando escalones y por los cuales se precipitan, a derecha e izquierda, minúsculas cascadas.

Las lluvias de los días anteriores han puesto las rocas resbaladizas. Dionisia no tiene el pie montañés; le ofrezco mi brazo, lo acepta, y yo siento con una sorda voluptuosidad apoyarse sobre el mío el brazo fresco y bien torneado de la muchacha.

Sin embargo, ella tiene miedo de caerse, y se apoya inconscientemente en mi hombro. Este movimiento instintivo que me acerca más estrechamente a su cuerpo flexible me causa una turbación que temo dejar adivinar.

Corre por mis venas una gran languidez y mi corazón se derrite como un fruto maduro apretado por una mano ardiente.

Por fortuna la travesía es corta, y no tardamos en desembocar de pronto en un prado bañado por el sol y por entre cuya hierba susurra una fuente.

Para disimular mi turbación, consulto mi reloj y murmuro:

— Aun no son las diez... ¿Quiere usted que nos sentemos un momento? Debe de estar cansada.

— No mucho. Sin embargo, puesto que nos queda tiempo, descansenos un cuarto de hora; el sitio vale la pena de detenerse en él.

Arrimados a un césped que huele a mejorana y a tomillo, desde luego permanecemos silenciosos, únicamente ocupados en contemplar el paisaje, que tiene un carácter de grandeza uniforme y una gracia pastoril.

Al pie de la pradera en declive, surgen de un grupo de copudos árboles las oscuras techumbres de una aldea.

Más allá de estas verduras, corre entre sus dos hileras de álamos la carretera de Saint-Sauveur; después el terreno sube y, en una sombra transparente, las primeras estribaciones de la montaña escalonan sus rocas y pasturajes; de donde caen cascadas como chorreantes cabelleras.

— ¡Qué fresca y qué calma!, dice a media voz la señorita Suzor... Apenas se atreve una a hablar, por temor de ahuyentar el encanto.

— ¿Está usted contenta, entonces, de su excursión?

— ¡Mucho!.. De veras le agradezco que me haya usted proporcionado este placer.

— Y yo bendigo a la señora Egrefeuil por habernos proporcionado esta ocasión de hacer novillos... En el fondo, le debía a usted esta compensación, pues la buena señora me parece bastante egoísta y absorbente... Según he creído comprender, la obliga a usted a velar parte de la noche.

— ¡Pobre señora! Sufre por sus males imaginarios tanto como si fuesen reales; pero no es mala y tiene de vez en cuando buenos impulsos. Por exigente que sea, prefiero velar a su lado a servir de rodrigona a Sol durante sus paseos con el pintor.

— ¿Dónde ha conocido a Ternat?

— Lo encontró en Arcachón, en casa de amigos comunes. A ella le gusta «ir con la corriente», y se encaprichó en seguida con este artista, a causa de su notoriedad ruidosa. Ofreció darle algunas lecciones de acuarela, y de este modo se introdujo en la intimidad de los Egrefeuil, a quienes embauca con su aplomo y sus frases de efecto... ¿Es amigo de usted?

— Le conocí en salones donde su talento es apreciado, pero nuestras relaciones son puramente mundanas y no simpatizamos mucho.

— ¡Ah!, ¡mejor!

— ¡Oh! De la energía de ese «¡mejor!» deduzco que tampoco es amigo de usted.

— Detesto a los presumidos, y el Sr. Ternat carece tanto de sinceridad como de sencillez.

— Parece estar muy enamorado de la señorita Sol.

— Sabe que es rica e hija única... Está enamorada sobre todo de la dote. Le gustaría hacer un matrimonio brillante, pero yo creo que se hace ilusiones. El Sr. Egrefeuil, a pesar de sus apariencias de bonachón y de virtuosas declamaciones, es un burgués demasiado positivo para dar su hija a un artista. Desgraciadamente, no la vigila. La señora Egrefeuil y él, con un aturdimiento incomprensible, le dan rienda suelta, y la muchacha, niña mimada y extravagante, abusa de esta libertad. He aquí, añade tristemente Dionisia, por qué mi papel de dama de compañía resulta muy penoso cuando estoy encargada de escoltar a Sol y a Ternat durante sus paseos. Ambos se ríen de la rodrigona y me tienen a distancia. Lo veo todo sin poder impedir nada. El pintor, con su lengua dorada y sus quejas de grande hombre perseguido, levanta de cascos a Sol, que lo admira como a un héroe de novela. Tiemblo a cada instante por temor de que esa exaltada cometa alguna locura, de la cual me harán responsable.

Una súbita tristeza vela el brillo de sus lípidos ojos.

Al verla tan súbitamente angustiada, soy presa de una tierna solicitud por esta joven que se encuentra sola y sin protector en la lucha por la vida; pobre granito de cardo zarandeado por el viento hasta caer pisoteado sobre las piedras del camino, y me aventuro a darle un consejo:

— Quizás sería prudente prevenir a los padres y ponerlos en guardia contra un peligro posible.

— Sí, a menudo me digo que este es mi deber... pero sé de antemano lo que sucederá... Sol lo negará todo y fácilmente convencerá a sus padres. Yo habré turbado inútilmente su indolencia egoísta, herido su amor propio, y de todas maneras yo correría el peligro de perder mi situación y de volver a ser una carga para mi tía Sofía.

Conmovido de su pena, exclamo:

— ¡Pobre muchacha!, la compadezco y quisiera... Me detengo pensando que voy a salirme de mi modesto papel de compañero de paseo para manifestar demasiado vivamente una excesiva simpatía, y continúo con más calma:

— Quisiera conocer bastante a los Egrefeuil para abrirles yo mismo los ojos y devolver a usted su tranquilidad de espíritu.

— Gracias, caballero... Pero guárdese bien de hacer tal cosa... El remedio podría ser peor que el mal... Además, quizá me alarmo sin motivo. Es muy posible que no suceda nada de lo que temo. Si realmente Sol está enamorada de Ternat, tiene tanto imperio sobre sus padres que obtendrá de ellos lo que quiera, y todo acabará, como en las comedias, con un casamiento... No sé por qué le molesto a usted con mis quiméricos temores y es una tontería de mi parte el turbar el placer de nuestro hermoso paseo.

Sacude la cabeza y sus negros ojos recobran su claridad: parecen reflejar la pureza del cielo, la alegría del sol, la verde frescura de los follajes.

A pocos pasos de nosotros, el agua azul de la fuente se esparce sobre los guijarros, hace vibrar las hojas de la hierba, levanta o baja su voz susurrante. Esta voz del arroyo dice una porción de cosas. Ora atareada y locuaz, charla como un ama de casa que vuelve del mercado y se cuenta sus domésticos quebraderos de cabeza; ora es melancólica y cristalina, y creeríamos oír la flauta lejana de un pastor que suspira solitariamente sus penas amorosas. Es sucesivamente tierna o ruidosa, o arrulladora como una canción de cuna.

Dionisia y yo la escuchamos silenciosamente, dejando flotar nuestros pensamientos sobre la corriente de esta agua sonora.

De vez en cuando nuestras miradas se encuentran y se funden en una misma meditación encantada.

De pronto, en medio de esta paz melodiosa, una campana de iglesia anuncia con alegres sonos la salida de la misa mayor.

— Deben ser cerca de las once, exclama la señorita Suzor, levantándose precipitadamente; ya sólo nos queda el tiempo necesario para llegar al hotel.

— ¡Ya!.. ¡Cuán rápidamente han transcurrido estas bellas horas!.. ¿Cuándo encontraremos otras iguales?

Dionisia mueve pensativamente la cabeza:

— ¡Ay!.. No soy dueña de mi tiempo, y debo considerarme muy dichosa por haber podido aprovecharme hoy de la compañía de usted, Sr. Silmont... Son horas de gracia de que guardaré el mejor re-

cuerdo, pero cuya repetición es muy problemática.

Bajamos lentamente por la carretera de Saint-Sauveur y nos encaminamos hacia el hotel.

En el momento de penetrar en el pueblo, me asalta un escrúpulo; temo que si nos ven llegar juntos, nuestra inocente fuga sea poco caritativamente comentada, y no quiero exponer la señorita Suzor a la maledicencia de la mesa redonda.

— La dejo a usted, digo, tendiéndole la mano; tengo todavía una diligencia que hacer antes del almuerzo... Hasta luego, y gracias por haber querido acompañarme a Sazos.

— ¡Cómo! ¡Soy yo, al contrario, la que le da las gracias!, murmura saludándome con su clara sonrisa...

Sigo de lejos su rápida marcha por la calle que sube, y cuando su traje gris ha desaparecido tras de una esquina, voy a recordarme en el parapeto que domina el torrente y contemplo el agua azulada que corre presurosa, como esta mañana que ha pasado volando.

XI

A cosa de las doce, cuando la campana del almuerzo ha tocado por segunda vez, me decido a ir al comedor del hotel.

Todos los Egrefeuil están ya sentados a la mesa. La señora moja lentamente trocitos de pan tierno en un huevo pasado por agua.

Los tres excursionistas, después de haber tomado un baño y cambiado de ropa, parecen completamente repuestos de las fatigas de su ascensión; el aire vivo de las alturas les ha avivado el apetito, y devoran.

Dionisia tiene aún en las mejillas y en los ojos un poco de excitación de su paseo matinal.

Noto la ausencia de Florencio y miro con sorpresa su puesto desocupado.

— ¿Busca usted a su tío?, interroga el Sr. Egrefeuil... Tranquilícese usted, no le ha sucedido nada de particular. Pero no está bastante *entrenado* y la bajada en pleno sol le ha fatigado un poco. Le hemos puesto en manos de la señora Casmajoux y ha declarado que almorzaría en la cama... Creía que usted lo sabía. ¿No ha estado usted en su casa esta mañana?

— No, observa maliciosamente Sol; el Sr. Silmont y la señorita Suzor han hecho también su pequeña ascensión... Han subido a Sazos y el paseo ha sido muy agradable ¿verdad, señorita?

Dionisia se pone colorada. Yo contesto con un tono breve.

— ¡Deliciosa!.. ¡Excursión muy recomendada! Y sostengo bravamente la mirada burlona de mi interlocutora.

Ella no se contenta con esto; pasa con un gesto de muchacho la mano por entre sus cabellos peinados en forma de nido de mirlo y añade con una intención maligna:

— Ha hecho usted muy bien en dejar estar las pruebas que tenía que corregir esta mañana.

— No las he dejado estar, señorita... Dispertado al amanecer por la partida de mi tío, he aprovechado la ocasión para hacer vivamente mi trabajo... A las siete, lo tenía concluido, y al ir a llevar mi paquete al correo, he tenido la suerte de encontrar a la señorita Suzor que salía de la iglesia. Le he propuesto trepar hasta Sazos y ha aceptado... Ya ve usted que la cosa es muy sencilla.

— Mi querido Silmont, declara Ternat apoyándose magistralmente en el respaldo de su silla, es usted imperdonable por no haber subido al Bergonz; ha perdido usted la ocasión de contemplar una cosa hermosa. ¡Qué luz, allá arriba, y qué divinas coloraciones, tan variadas como las formas de los picos dispuestos en círculo en torno del espectador!.. El fondo de los valles estaba velado por neblinas de plata; la tierra habitada desaparecía bajo la bruma; lo único admirablemente iluminado eran las cimas augustas de las montañas... Parecíamos flotar en la morada de los bienaventurados. Un intelectual como usted, Silmont, hubiera sentido allí infinitos goces de arte. Es lástima que se haya usted privado de esta fiesta ideal... ¿No opina usted lo mismo, señorita Sol?

— ¡Bah!, insinúa pérfidamente la señorita, con una oblicua mirada dirigida hacia Dionisia, el Sr. Silmont ha tenido preciosas compensaciones...

¡Mala pécora! De buena gana la hubiera yo hecho pagar cara su insolencia.

Yo sufría por la señorita Suzor...

Por fin termina el almuerzo y me apresuro a dejar a mis vecinos para ir a enterarme del estado de mi tío Florencio.

En la calle desierta el sol cae a plomo, y las la-
gartijas bullen en las paredes de los jardines.

Al llegar a casa del relojero encuentro a la señora
Casmajoux sentada al fresco a la sombra del corre-
dor y ocupada en zurcir una media, al lado de un
viejo loro verde que se espulga en su percha.

— ¿Mi tío está arriba?

La relojera mueve la barba afirmativamente y pone
un dedo sobre sus labios agrietados:

— ¡Chiiit!. Sin duda duerme... ¡Ah! ¡El pobre!..
¡En que estado lo han traído!.. No está acostumbra-
do a los caminos del país; para un hombre de su
edad, es muy duro subir al Bergonz y volver a pie,
con el calor que hace... Así es que tenía la cara roja
como un tomate, y todo el cuerpo sudando a mares...
Daba lástima verlo.

La buena señora continúa bajando púdicamente
los ojos:

— Estaba tan sudoroso que no pudo quitarse por
sí solo su camisa de franela... Tuve que ayudarle a
desembarazarse de esa lana mojada, y friccionarle de
cintura arriba como a un niño. Después de lo cual
se metió en cama, y le llevé un vaso de vino calien-
te con azúcar que tomó gustoso. Comió un huevo
fresco y una chuleta y se sintió un poco reacciona-
do... Ahora descansa sobre sus cólcedras y ronca
como un fuelle de fragua.

Doy las gracias a la señora Casmajoux, subo la
escalera de puntillas para no turbar ese sueño repa-
rador, y entro en mi cuarto donde me tiendo en mi
butaca.

En esta posición entorno los ojos.

Debajo de mi ventana cerrada, oigo el torrente
que bulla alegremente; este refrescante ruido de
agua me hace recordar nuestro paseo de la mañana
y nuestra estación en el prado en que escuchábamos
con delicia el arroyo de Sazos murmurar entre los
llanenes y los berros.

Estoy viendo la móvil fisonomía de Dionisia pa-
sando sucesivamente de la admiración al gozo, y de
este gozo infantil a una secreta ansiedad. ¡Qué per-
sonalidad tan atrayente la de la señorita Suzor! ¡Qué
tesoros de gracia, de candor y de talento natural en
esa criatura encantadora! ¡Con qué ingenua sagaci-
dad analiza los buenos y los malos aspectos de la
familia Egrefeuil! ¡Con qué mansedumbre los expli-
ca, y los excusa si importa!

¡Pobre muchacha! No se le ocultan las peligrosas

píritu, como el rayo de sol que se insinúa por entre
los postigos cerrados de mi ventana, y turba la ale-
gría que me había causado nuestra excursión a Sa-
zos.

Me saca de mi indolente meditación. Me levanto
de la butaca y empiezo a pasearme nerviosamente
por mi cuarto en la obscuridad. En el exterior, todo
parece amodorrado bajo el calor aplastante de la
tarde. No se oye más que un ligero zumbido de
moscas, y, de vez en cuando, suben de la planta baja
algunas notas de la chifla del papagayo verde que se
gargariza con fragmentos de una canción taber-
naria.

Pero este vulgar estribillo no logra distraerme de
mi pensamiento dominante.

Sólo pienso en Dionisia. Su imagen surge ante mí,
melancólica y risueña, tal como la he admirado jun-
to a la fuente, y digo para mí:

«He aquí una muchacha de veinte años, sencilla,
ingenua, amable; de cuerpo sano y sabroso, de alma
elevada, de corazón ardiente, que podría ser una de-
liciosa compañera, y se verá condenada a una peno-
sa existencia entre gentes poco simpáticas; se hallará a merced de un capricho de sus
amos, expuesta a todos los peligros que
amenazan a una criatura joven y bonita;
si permanece honesta y virtuosa, se agos-
tará en la soledad, por no encontrar en
su camino un hombre honrado que le
diga: — Yo la amo, sea usted mi esposa,
sea la amiga de los días prósperos y de
los días aciagos...»

»Y yo, que la comprendo y la aprecio,
¿por qué no he de ser ese hombre? ¿Por
qué no he de pronunciar esas salvadoras
palabras?.. ¡Ah! ¿Por qué? Porque yo tam-
bién soy egoísta y vivo como tal. Estoy
amasado con todas las pusilanimidades,
con todas las preocupaciones de mi siglo.

»En vano me jacto de mi independen-
cia de espíritu: sufro inconscientemente la
influencia de un atavismo burgués. No se
es impunemente nieto de Víctor Garaudel,
droguista de Villotte, sobrino de Floren-
cio Garaudel, sucesor de Víctor.

»Desde la infancia, al mismo tiempo
que la «urbanidad pueril y honesta», me
enseñaron que el principio de la sabiduría
era el temor de la pobreza; me educaron en la firme
convicción de la omnipotencia del dinero.

»Más tarde, en París, he visto a la gente atormentada
por las mismas preocupaciones materiales,
prosternadas ante el mismo becerro de oro. Mi alma
quedó viciada y no se ha corregido. Me he creado
necesidades ficticias, me he acostumbrado al bien-
estar y no puedo ya prescindir de él.

»Cierto es que para satisfacer mis gustos, me re-
pugnaba cometer una bajeza y envilecerme con un
matrimonio por interés. Sin embargo, insensible-
mente, me he vuelto un señor circunspecto, acos-
tumbrado a su agradable vida de célibe y temeroso
de comprometer su porvenir casándose con una mu-
chacha sin dote.

»Por otra parte, un matrimonio por amor supone
una ternura mutua, un entusiasmo recíproco... ¿Sé
yo acaso si Dionisia estaría dispuesta a amarme, o si,
aceptándome por marido, obedecería a motivos de
pura conveniencia?..»

Aquí he llegado en mi examen de conciencia,
cuando percibo, al otro lado del tabique, resoplidos
sonoros y bostezos repetidos.

Es mi tío que se despierta.

El decoro me manda ir a enterarme de su salud;
me dirijo hacia la puerta de comunicación y llamo
discretamente.

— ¡Adelante!, exclama una voz gruñona.

Y entro.

Florencio, en camisa de franela, está sentado en
la cama.

Sus grandes ojos lacrimiean, sus mechones grises
asoman por debajo de un pañuelo atado a la cabe-
za. Visto así, no tiene nada de guapo y acaba de
afearlo su mal humor.

— ¡Eh!.., ¡eh!.., ¡hum!.., refunfuña. ¡Gracias a Dios
que te dejas ver!.. Podría morirme sin que tú des
un paso siquiera.

— Dispensa, tío, sabía que estabas descansando y
temía molestarte... ¿Has dormido bien?

— ¡Bah!.. ¿Puede uno dormir en una casa donde
los menores ruidos resuenan como en un tambor?
Cada vez que me adormecía, ese miserable papaga-
yo me despertaba con sobresalto con sus gritos.
Cuando se tiene casa de huéspedes, no se comete el
abuso de criar en ella animales nocivos.

Yo escucho sus quejas reprimiendo mal mis ganas
de reír.

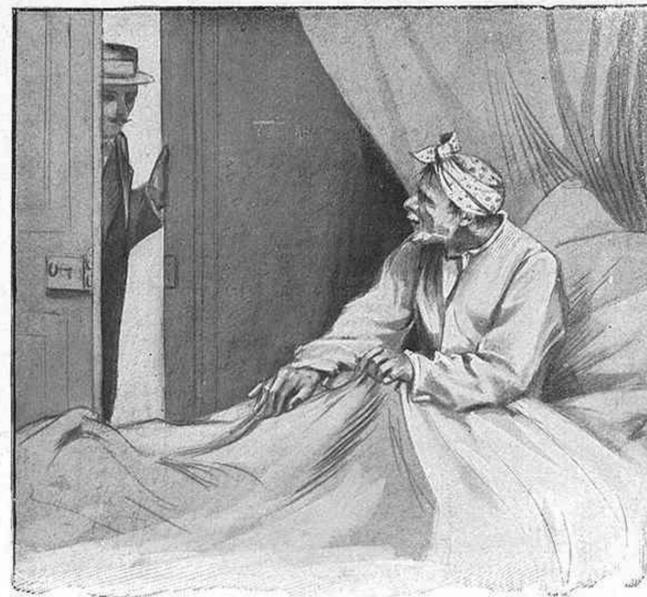
— ¿Volviste al menos contento de tu excursión?..
Según dicen tus compañeros, la vista que se abarca
desde el Bergonz es absolutamente incomparable.

— ¡Pésé! Yo esperaba algo mejor... Las montañas
son demasiado grises y demasiado peladas. Me ha-
bían hablado de glaciares y sólo he divisado en lon-
tananza mezuquinas manchas de nieve. Contaba co-
ger allá arriba plantas raras, y no he encontrado más
que cardos y tomillos, como en los baldíos de nues-
tro país... Afortunadamente, los Egrefeuil deben lle-
varme próximamente al Circo de Gavarnie, y me
han prometido allí serias compensaciones botánicas.
La excursión de esta mañana es lo que yo llamo una
nonada y un absurdo. Hemos vuelto por senderos
pedregosos, con un sol africano, y he sudado toda
el agua de mi pobre cuerpo.

Se decide a poner los pies sobre la alfombra y da
un grito palpándose las pantorrillas:

— ¡Oy!, ¡oy!, tengo las piernas doloridas y mis ar-
ticulaciones no quieren funcionar.

— Acuéstate otra vez... Te haré enviar del hotel
un caldo y una pechuga de pollo.



Florencio, en camisa de franela, está sentado en la cama

— No, interrumpe, irritado, necesito una comida
más substancial.

Y añade guiñando el ojo:

— ¡Ya, ya! Te veo venir... Quisieras desembara-
zarte de mí como esta mañana, para florear a tus
anchas con la señorita de compañía... ¡Te estorbo!

— Te chaceas, tío.

— No, no; hablo en serio, replica agriamente Ga-
raudel; ¿crees que me tragué tus pretextos de prue-
bas para corregir?.. ¡A mí con ésas!.. Esa intrigante
trata de absorberte, de la misma manera que trataba
de substraerme mi cáscara de coco.

— ¡Desatinas!

— De ninguna manera, señor sobrino, veo muy
claro. Esa muchacha te guiña el ojo, y tú, pobre ton-
to, te dejas engatusar... ¿No ves que quiere pescar
un marido?

Me exaspera y no resisto al placer de exasperarlo
yo a mi vez:

— Es encantadora, tío, y aunque me pescase, las
hay peores.

— ¿Aunque te pescase?, repite colérico; ¡por vida
del.. Muchacho, si cometieses tal locura, te deshe-
redaría en el acto. Conque, a buen entendedor... ¡Ea!
Déjame vestir y espérame fuera... Iremos juntos al
hotel.

XII

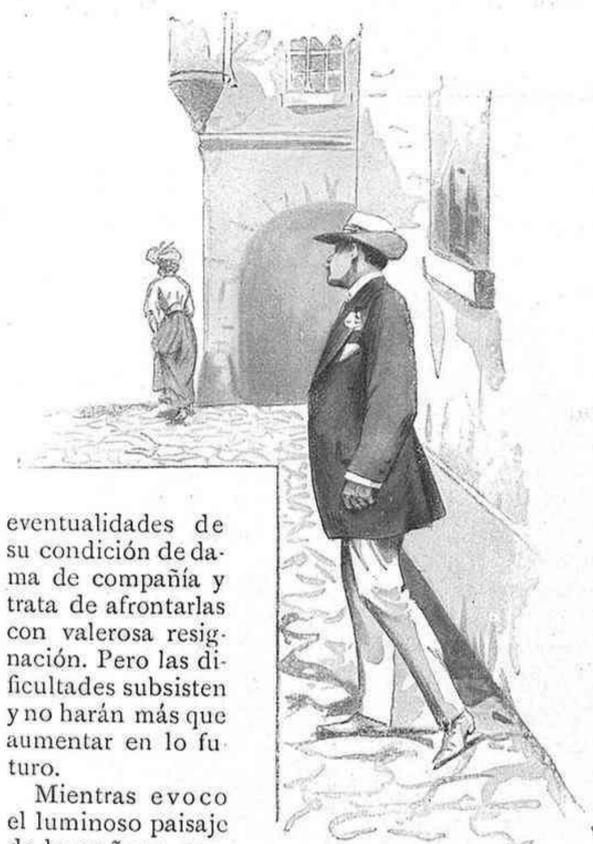
Como el barómetro Imperio de la mesa redonda
marcaba ayer buen tiempo, los Egrefeuil nos han
invitado a acompañarlos a Gavarnie y mi tío se ha
apresurado a aceptar.

Esta vez, como la señora Egrefeuil y Dionisia Su-
zor son de la partida, me he guardado bien de decli-
nar la invitación.

Esta mañana, pues, con un sol claro y ardiente, el
espacioso landó del cochero Pedro Forcamidan nos
ha esperado al pie de la escalinata del hotel donde
nos habíamos dado cita.

La señora Egrefeuil y Dionisia cargada de chales
y almohadones, se han sentado en el fondo; el señor
Egrefeuil y yo nos hemos instalado en frente de
ellas, y mi tío, ágil como una ardilla, ha trepado al
pescante, al lado del cochero, «a fin, según nos ha
declarado, de no perder nada del paisaje.»

(Se continuará.)



Sigo de lejos su rápida marcha

eventualidades de
su condición de da-
ma de compañía y
trata de afrontarlas
con valerosa resig-
nación. Pero las di-
ficultades subsisten
y no harán más que
aumentar en lo fu-
turo.

Mientras evoco
el luminoso paisaje
de la mañana, con-
sidero la falsa situa-
ción de Dionisia en
medio de los tres Egrefeuil, y se me aparece aún
más impresionable y más digna de interés.

Las caprichosas exigencias de la madre, la con-
ducta equívoca del marido y las comprometedoras
temeridades de la hija me parecen más alarmantes.

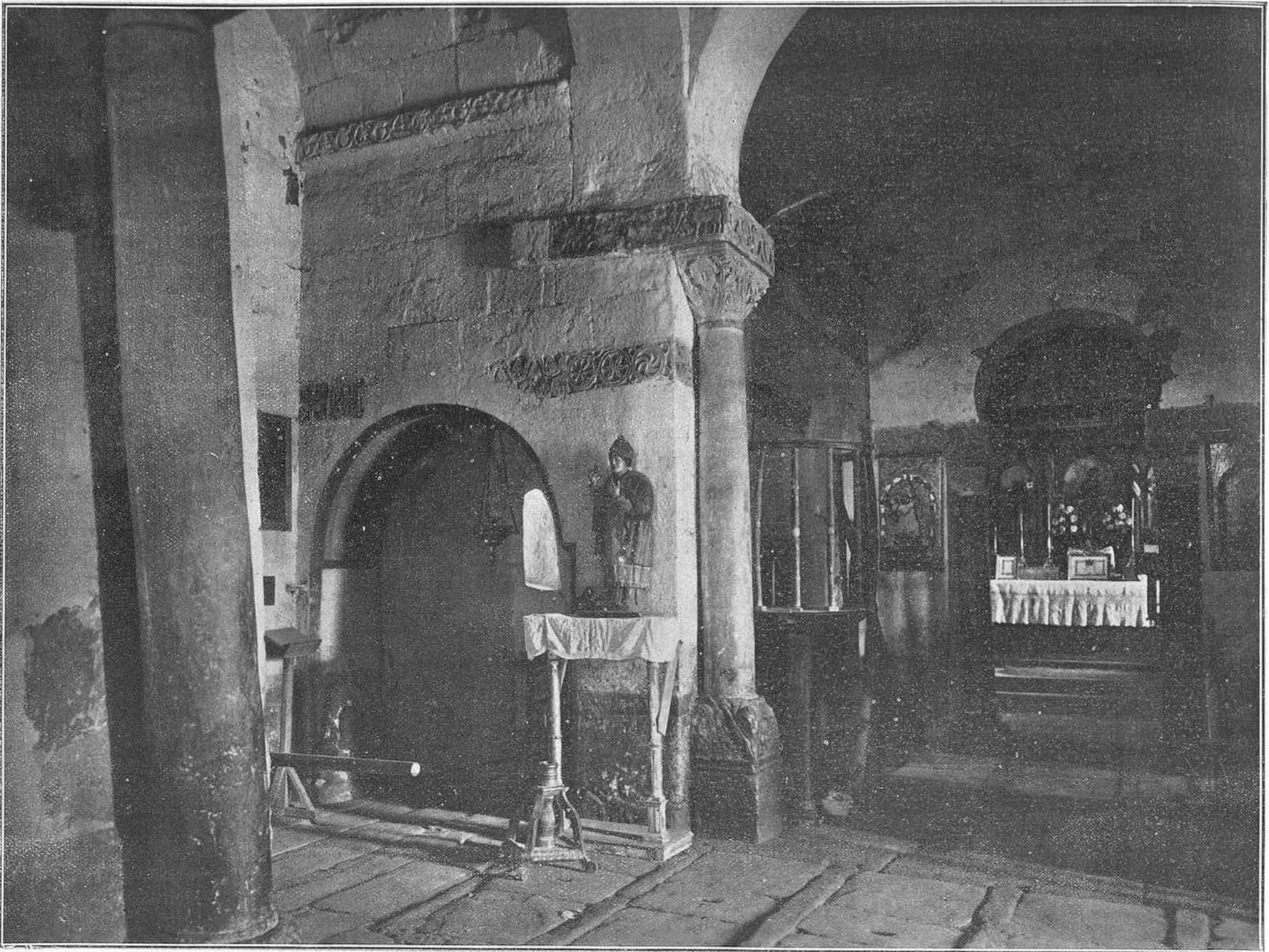
Veo sucederse, como en un cinematógrafo, los la-
mentables incidentes que pueden surgir.

Esa maligna Sol, que juzga a los demás por lo
que es ella, comenta ya poco caritativamente mis re-
laciones de amistad con la señorita Suzor.

Sin duda se imagina que trato de seducir a su se-
ñorita de compañía y es capaz de hacerlo creer a sus
papás.

Esta aprensión penetra insidiosamente en mi es-

DE LA ESPAÑA VISIGODA. — SAN PEDRO DE LA NAVE. (Fotografías de Filuco.)



Costado derecho del templo de San Pedro de la Nave, en donde se ve una de las columnas inclinadas

Como antaño, lector amable y amigo, vuelvo a mi tarea informadora, apartándome por una temporada de la vaga y amena literatura, que si ésta recrea al espíritu, la otra sirve a la par de esparcimiento y de ilustración.

Y al decir ilustración, va en ello declarado mi propósito de dirigirme al discreto y aficionado lector, no al técnico arqueólogo, a quien yo nada podría descubrir ni enseñar.

No más que aficionado soy yo también en este sagrado ramo de la ciencia; y hecha esta confesión me daría por muy holgado si ella y mi honrada sinceridad se tuvieran en cuenta para juzgar sobre mi buen propósito.

Mucho y de muy curioso valor, ya artístico, ya tradicional, vengo hallándome por estas tierras castellanas, antaño emporio de riqueza y progreso, hoy asiento de la indigencia y del olvido, y de las cuales te iré dando cuenta, caro lector, si logro que la fortuna ampare con sus buenos auspicios esta empresa que comienzo ahora.

Todos los historiadores coinciden en reputar a nuestra patria como emporio de la civilización europea, luego de la invasión bárbara, durante el reinado de Recaredo.

San Leandro, llamado el *Apóstol de los Visigodos*, fué el que convirtió al catolicismo a Recaredo y este monarca fué a su vez el que declaró religión oficial del Estado la que había aprendido de San Leandro.

Con esta protección augusta y la feliz circunstancia de florecer en la Iglesia de Cristo una brillante pléyade de sabios doctores, el saber y la educación se vincularon en las escuelas parroquiales y catedrales, por el cual motivo fué tangente el número de construcciones religiosas, especialmente desde Recaredo hasta Wamba, que se dictó una legislación entera y formularios particulares para su estudio.

Escasísimos son en España los ejemplares que se conservan en pie de aquella remota época. Destruídos los que se asentaron a orillas del Esla y del Tera, por esta comarca no han resistido a la acción de los

siglos más que el monasterio de San Román de Hornija, próximo a Toro, fundado por Chindasvinto; el de *Gérticos y Wamba*, en la provincia de Valladolid, y este de San Pedro de la Nave, a dos leguas de la capital zamorana, cuya antigüedad, luego de discutida, ha sido brillantemente contrastada por el sabio arquitecto Sr. Lampérez.

Hasta hace poco, había la creencia de que esta joya arqueológica pertenecía a la época en que el magno Alfonso III se dedicó a la restauración y engrandecimiento de la comarca zamorana, objeto principal de su afición y devastada por las hordas mahometanas. Pero si con reflexión y detenimiento se hubiera estudiado esta duda, antes de ahora hubiese quedado deshecho el yerro.

Como desde la invasión árabe hasta el año 893, en que Alfonso III se dedicó a la restauración de esta comarca, no tornó de nuevo a reinar en ella el cristianismo, la construcción de San Pedro de la Nave tuvo necesariamente que ser anterior o posterior a la dominación musulmana. Si fuera posterior, su edificación sería mozárabe y si anterior, visigoda.

No hay, sin embargo, que esforzarse mucho para convencerse de que este raro y magnífico ejemplar es visigodo y, además, un tipo ecléctico, resumen y síntesis de una arquitectura muy nuestra que en San Pedro de la Nave apuntaba y que no prosperó merced a las invasiones francesas del siglo XI.

Ya sabemos que de las bellas artes la única que los godos cultivaron con preferencia y aprovechamiento fué la arquitectura, y que sirviéndose de los elementos latinos y bizantinos conocidos en el país conquistado, formaron ese tipo híbrido de construcción denominado visigodo o latino bizantino.

He aquí que, no olvidando este origen de su arquitectura, el estilo de San Pedro de la Nave no ofrece duda. Es visigodo por el aparejo romano, que en el siglo X es informe; por la ornamentación, abundante, rica y hermana de la empleada en los siglos VII y VIII; por los arcos de herradura, de escuela visigoda y no mahometana; por la epigrafía de los ca-

piteles, que como en el grabado se ve, es visigoda y no mozárabe, y por otros detalles muy elocuentes que traería aquí si este trabajo hubiese de tener, como no tiene, un carácter técnico en el ramo de la arqueología.

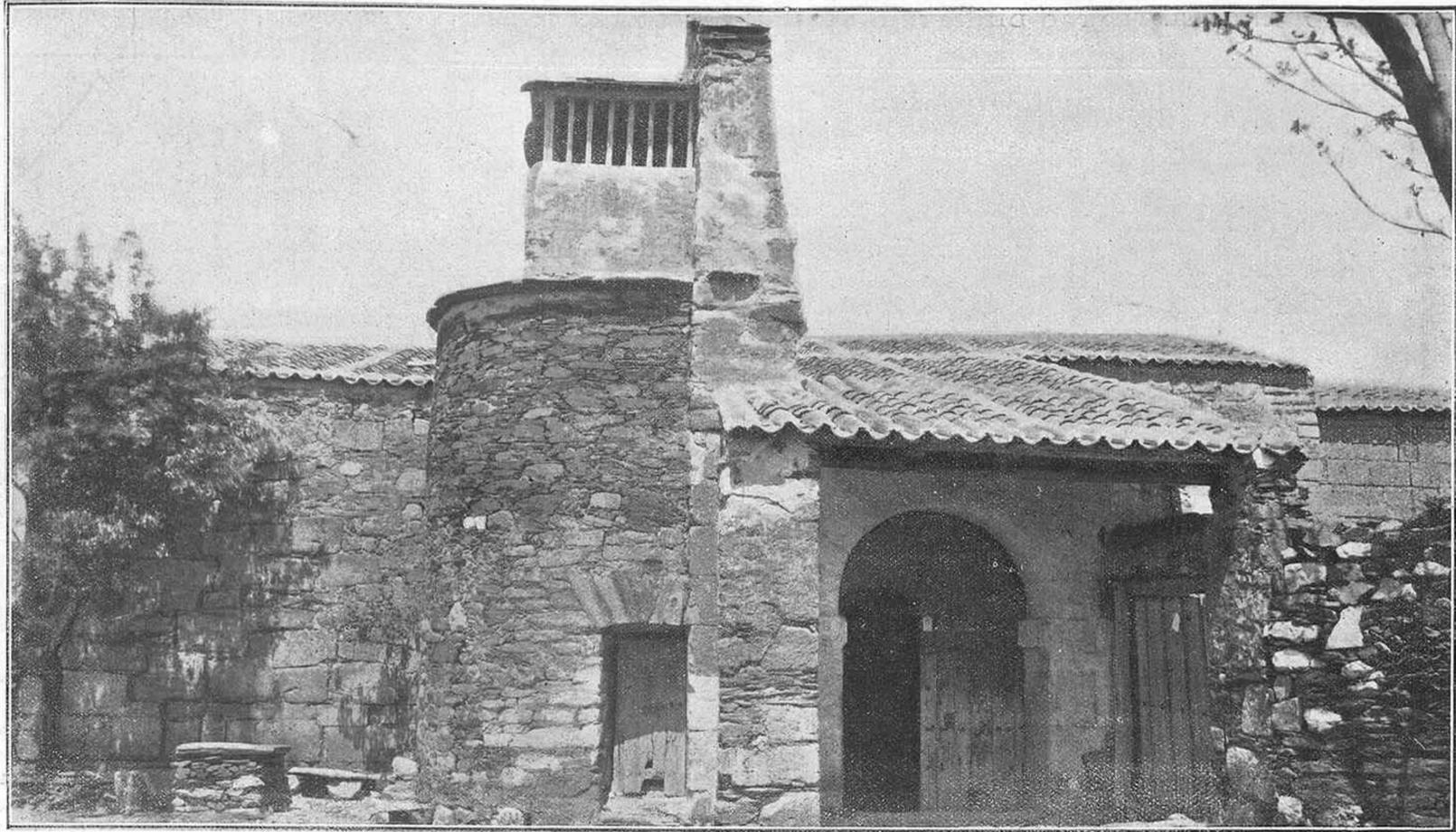
El material empleado en esta construcción es de una piedra traída desde muy lejos y atravesando el Duero; circunstancia que hace suponer la existencia de un puente, que en la época árabe no se conservaba ya, según afirma el historiador árabe Masudi en su descripción de la batalla de Zamora.

Que la fundación de San Pedro de la Nave es anterior a la dominación mahometana, y visigoda por tanto, es cosa que no da lugar a dudas. Los alarifes árabes que Alfonso III *el Magno* ocupó en las restauraciones y edificaciones, imprimieron el marcado sello mozárabe y bárbaro que se observa en todas las edificaciones de aquella época.

Al entrar en esta preciosa joya, que hoy sirve de humilde parroquia a unos cuantos pueblecillos, se invade el ánimo de ese respeto religioso, admirativo y evocador, que se desprende de las piedras seculares en donde el genio de las generaciones pasadas nos ha legado la crónica de su historia.

La planta de la iglesia es un rectángulo, dividido interiormente en tres naves, atravesado por otra de crucero. En los extremos de esta nave hay sendos pórticos rectangulares, y en el de la central un ábside de igual forma. Las tres naves de los pies (parte que se hundió y fué rehecha con bastantes alteraciones), se comunicaban por arcos sobre pilares cuadrangulares y por ventanas con el crucero; las de la cabecera sólo tenían comunicación con la central por una puerta y una ventana de tres vanos con columnillas, aunque hoy aparecen estas naves como ábsides laterales por haber abierto puertas que dan a la nave del crucero.

La capilla mayor tiene un arco triunfal sobre columnas y los arcos torales de la nave están apeados en cuatro magníficas columnas de mármol que tienen la rara singularidad de hallarse inclinadas treinta



Abside y fachada exterior del templo de San Pedro de la Nave

y cinco centímetros sobre la perpendicular, cuya inclinación se puede apreciar muy bien en una de las fotografías con que ilustro el presente trabajo.

Los pórticos tienen arcos de ingreso y ventanas ajimezadas en los lados. Desde el crucero a la cabecera, todos los compartimentos están abovedados con medios cañones semicirculares peraltados. Los arcos de las puertas laterales son de medio punto, muy peraltados también, y con los apoyos notablemente salientes, como para sustentar un dintel, al modo que la arquitectura románica generalizó después.

Una de las cosas más notables por su elegancia, su sobriedad y buen gusto, es el profuso grabado que campea en las impostillas, basas y capiteles, como motivo de ornamentación interior.

A la fundación de este preciado templo acompaña una curiosa tradición que, en extracto, es como sigue:

Un hijo de ilustre familia, llamado Julián, de cuyo país natal nada dice la tradición, yendo un día de cacería le vaticinó un ciervo que había de ser el asesino de sus padres. Julián huyó horrorizado y vino a esta tierra de Lusitania, en donde tanto se significó por sus virtudes y sus hazañas, que el rey, al contraer matrimonio este héroe, dió a su consorte, en dote, un castillo. Entre tanto, los padres de Julián, habiendo sido infructuosas todas las pesquisas hechas para hallar al hijo, se decidieron a recorrer el mundo en su busca, viniendo a Lusitania y yendo una noche a parar al castillo de Julián, en ocasión que él se hallaba ausente. Dióles albergue la



EL JABÓN HENO de PRAVIA

produce espuma abundante ; se recomienda à las personas de cutis delicado

esposa, como a viandantes que eran, y al contar ellos el origen de su viaje y la misión que les llevaba por el mundo, supieron que se hallaban en la propia casa de quien con tanto anhelo buscaban. Dieron todos gracias al cielo por la feliz coincidencia y la esposa de Julián les hizo aquella noche descansar en su tálamo nupcial; y aun no había rayado el alba cuando ella se salió a darlas más cristianamente a una ermita próxima.

Pero entretanto la esposa se hallaba orando, llegó el esposo de viaje; entró en la alcoba, aun obscura, tentó las almohadas y, al hallar dos cabezas, una de hembra y otra de varón, sospechando que era víctima de una traición conyugal, asesinó allí mismo a los que le habían dado la vida. Salió de su castillo al tiempo que su mujer entraba y entonces supo todo el horror de su fatalidad y cómo no le fué posible substraerse a la profecía del ciervo. El matrimonio se retiró a hacer vida penitente, fundando el hospital-albergue de San Pedro de la Nave, denominado así por hallarse a orillas del Esla y tener en este río un rústico batel, en el que el propio Julián transportaba a los peregrinos que albergaba.

Añade la tradición que uno de estos peregrinos les vaticinó que ambos esposos morirían en un mismo día e irían a gozar de la bienaventuranza eterna por haber expiado tan cristianamente sus culpas, y que esto también se cumplió, siendo ellos enterrados juntos en la propia iglesia de su fundación.

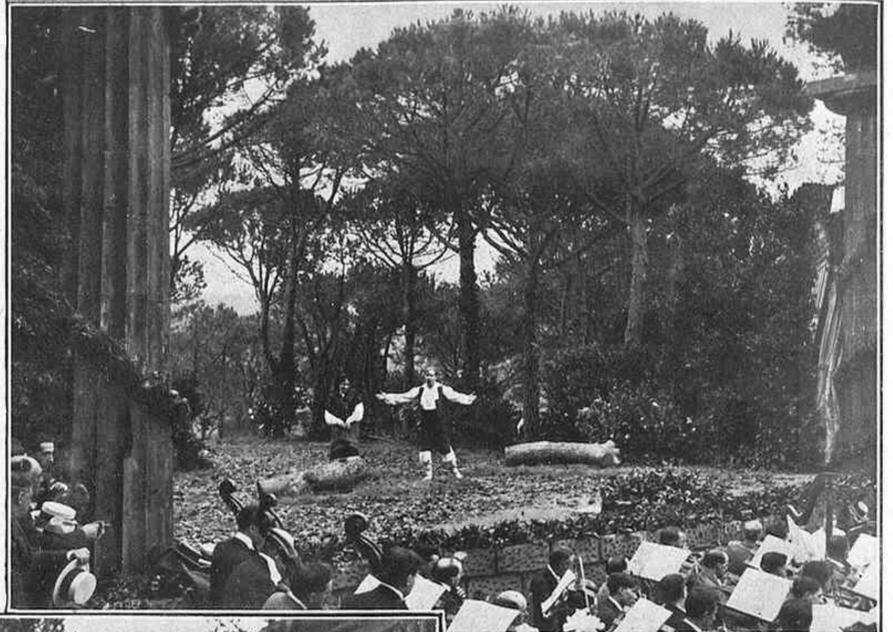
Esto es cuanto el arte y la tradición nos han legado referente al notabilísimo templo de San Pedro de la Nave.

JULIO HOYOS.

VALLVIDRERA. EL TEATRO DE NATURALEZA. - REPRESENTACIÓN DE «MARUXA» EN HOMENAJE AL MAESTRO VIVES



Una escena del primer acto



Una escena del primer acto

En el Teatro de Naturaleza de Vallvidrera, en el que ya nos ocupamos en el número 1.751 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA con motivo de su inauguración con la representación de la hermosa obra de Daudet *L'Arlesiana*, celebróse en la tarde del domingo, día 15 de los corrientes, una función de homenaje al ilustre compositor catalán el maestro Vives, que tantos y tan grandes éxitos tiene alcanzados en la escena lírica española.

La obra escogida para esta función fué la preciosa ópera *Maruxa*, una de las más bellas joyas de nuestra música contemporánea, que ha recorrido triunfalmente todos los principales teatros de España, habiéndose dado de ella centenares de representaciones y habiendo valido a su autor las ovaciones de todos los públicos. *Maruxa* encontró en aquel Teatro de Naturaleza un escenario perfectamente adecuado, y aunque las montañas y la vegetación de nuestra comarca difieren mucho de las de la región gallega, que es en donde se desenvuelve la interesante acción de aquélla, la placidez y el encanto del lugar y el ambiente de poesía que en él se respiraba, eran bastantes para hacer olvidar tal diferencia y para dar la ilusión de la realidad a las situaciones tan hondamente sentidas por el poeta y tan admirablemente comprendidas y traducidas por el compositor. Así puede decirse que en la mayoría de sus



El maestro Vives y los principales intérpretes de la ópera *Maruxa*
(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

episodios y en su conjunto, *Maruxa* produjo en aquel sitio, incomparablemente pintoresco, un efecto que los más hábiles escenógrafos difícilmente pueden conseguir con elementos artificiales en un escenario cerrado.

Una concurrencia enorme y en la que figuraban muchas familias de nuestra alta sociedad, el capitán general y el alcalde de Barcelona con una comisión del Ayuntamiento, ocupaba los palcos y casi la totalidad de la platea y todo el espacio destinado al público de entrada general.

La interpretación de *Maruxa* fué perfecta: las señoritas Lloró, Alfonso y Crespo, y los Sres. Banquells, Rosal y Ballester cantaron y representaron a la perfección sus papeles de *Maruxa*, *Rosa*, *Lola*, *Rufo*, *D. Antonio* y *Pablo* respectivamente; la orquesta y los coros se portaron también como buenos. En todos los elementos que tomaron parte en la representación veíase el empeño de contribuir al homenaje dedicado al autor de la inspiradísima partitura. Para todos hubo muchos aplausos y para el maestro Vives una serie de entusiastas ovaciones.

También merecieron grandes elogios el organizador y director general de la fiesta D. Carlos Mestres, el director artístico Sr. Moragas y el escenógrafo don Olegario Junyent.



Scheherazada relatando sus cuentos al sultán Schahriar

LAS MIL Y UNA NOCHES

CUENTOS ÁRABES

TRADUCIDOS EN ALEMÁN DEL TEXTO ÁRABE POR

GUSTAVO WEIL

NUEVA EDICIÓN DE GRAN LUJO ILUSTRADA CON LÁMINAS IMPRESAS APARTE EN COLORES Y EN NEGRO, DIBUJADAS POR EL CELEBRADO ARTISTA ALEMÁN

FERNANDO SCHULTZ WETTEL

La traducción española, confiada a reputados escritores, ha sido hecha con el cuidado debido para que el libro pueda dejarse en todas las manos, conservando, empero, sus maravillosas narraciones con el mismo color oriental y el mismo pasional interés que han inmortalizado las hermosas ficciones de la bella Scheherazada.

Se remiten prospectos a quien los solicite de la casa editora Montaner y Simón, establecida en Barcelona, calle de Aragón, 255, o de los señores corresponsales de la misma.

Dos tomos, ricamente encuadrados, 40 pesetas. Para facilitar la adquisición de esta obra, se admite el pago en cantidades mensuales.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN